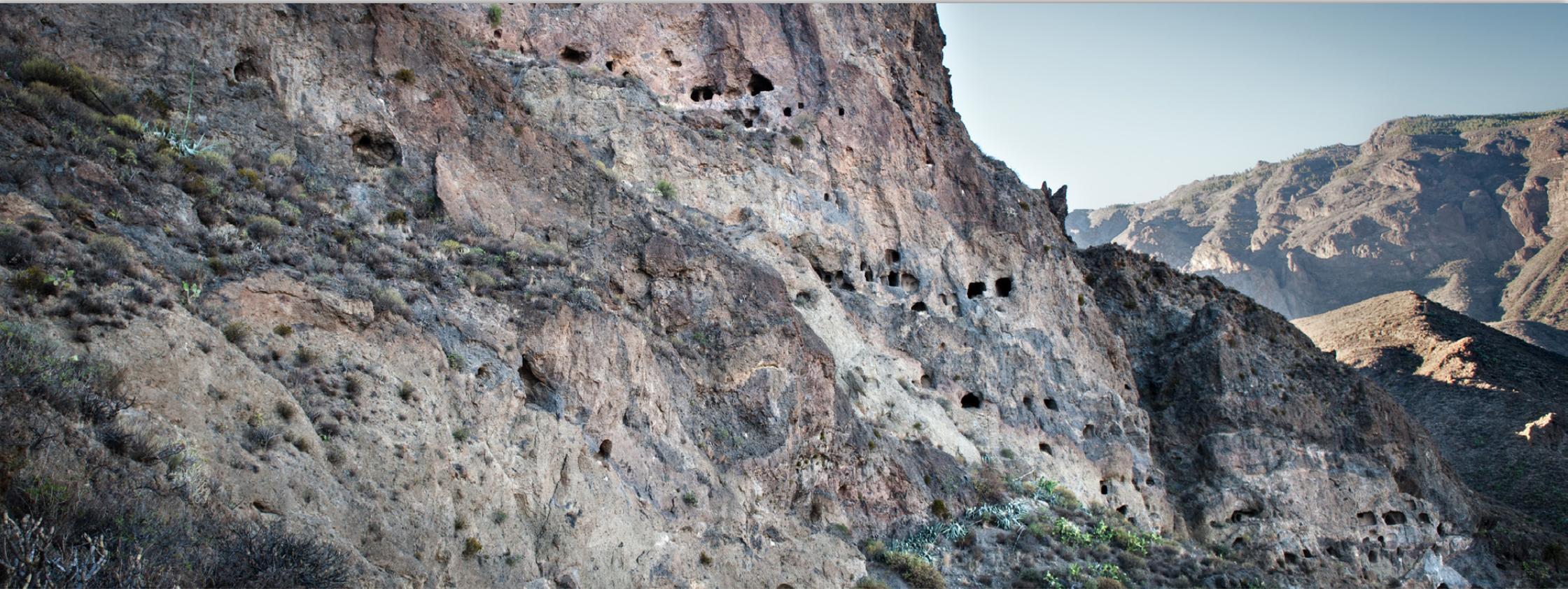


MIGRACIONES: MIRADAS DESDE UNA ARQUEOLOGÍA INSULAR

Actas del ciclo de conferencias impartido en El Museo Canario
(octubre-diciembre de 2021)



EL MUSEO CANARIO
ESTABLECIDO EN 1879

Museo concertado con:



Cabildo de
Gran Canaria

© **De los textos e imágenes:** sus autores

Edita:

Sociedad Científica El Museo Canario
C/ Doctor Chil, 25
35001, Las Palmas de Gran Canaria
info@elmuseocanario.com

ISBN: 978-84-89842-14-4

Edición en versión digital 2022

Evento financiado por la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias

MIGRACIONES: MIRADAS DESDE UNA ARQUEOLOGÍA INSULAR

Actas del ciclo de conferencias impartido en El Museo Canario
(octubre-diciembre de 2021)



Gobierno de Canarias



EL MUSEO CANARIO
ESTABLECIDO EN 1879

Museo concertado con:



**Cabildo de
Gran Canaria**

ÍNDICE

Presentación	5
Teresa Delgado Darías	
<i>La ruta de las letras</i>	6
Irma Mora Aguiar	
<i>El viaje a una isla: migración, demografía y dinámicas sociales</i>	15
Javier Velasco Vázquez	
<i>Sobre las narrativas del poblamiento humano de las islas Canarias</i>	21
Jonathan Santana Cabrera	
<i>Prospección arqueológica en cuevas colgadas de La Palma</i>	31
Nuria Álvarez Rodríguez	
<i>Flujos humanos y transferencias culturales en la construcción de la identidad de los antiguos canarios</i>	34
Verónica Alberto Barroso	
<i>La creación del paisaje indígena de Gran Canaria: una perspectiva desde la arqueología del territorio</i>	41
Marco A. Moreno Benítez	



Presentación

Las aproximaciones arqueológicas a los procesos migratorios han experimentado una notable renovación en las últimas décadas. En el caso del archipiélago canario, los importantes avances metodológicos y cambios conceptuales están ofreciendo nuevos datos y narrativas sobre el poblamiento de las islas y los desarrollos históricos protagonizados por los grupos que las colonizaron. Por todo ello El Museo Canario organizó entre el 7 de octubre y el 2 diciembre de 2021 el ciclo de conferencias «Migraciones. Miradas desde una arqueología insular», en el que a través de once ponencias se abordaron las nuevas aportaciones que las más recientes líneas de investigación están realizando sobre tales cuestiones.

Como en anteriores ediciones, uno de los objetivos perseguidos con este ciclo fue transferir a la sociedad el nuevo conocimiento que la investigación arqueológica canaria está sacando a la luz. Aunque cada una de las ponencias está disponible en línea para su libre visualización y consulta, con este volumen de actas se persigue plasmar los aspectos más relevantes tratados en algunas de ellas, en el marco de la línea de actuación de El Museo Canario encaminada a hacer el patrimonio arqueológico y su conocimiento más accesibles.

Este ciclo de conferencias, al igual que los textos que aquí se reúnen, no hubiera sido posible sin el esfuerzo y el compromiso de sus autoras y autores, así como de la institución que financió este evento, la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias.

Teresa Delgado Darías
Conservadora de El Museo Canario



La ruta de las letras

Irma Mora Aguiar (Cátedra Cultural de Estudios Bereberes de la Universidad de La Laguna)

1. Introducción

Durante la Antigüedad, la región presahariana estaba comunicada por una serie de rutas destinadas al comercio y la trashumancia de las poblaciones nómadas. En este trabajo atenderemos a una de ellas: la de los Lagos Salados, que vinculaba la región del Tafilalt con las Sirtes. Se trata del camino que más cómodamente une los extremos del occidente norteafricano, motivo por el cual también fue empleado por los musulmanes de Sijilmasa en su peregrinación a la Meca (Troussel, 1982). Además, durante la Antigüedad tardía la ruta debió de favorecer la extensión del alfabeto líbico meridional y su posterior arribada a Canarias (Mora, 2021a).

Estrabón (2014: 3, 7) fue uno de los primeros autores en describir esta vía¹, concretamente su tramo occidental, comprendido entre la antigua ciudad de Cirta (actual Constantina) y Tafilalt. Desde esta región, ubicada entre los ríos Guir y Draa, partían los farusios hasta la urbe húmeda, atravesando el altiplano argelino por los lagos salados que Desanges (1962: 232) identificó con Chott ech-Chergui y Chott el-Hodna. Para ello, los farusios se servían de caballos cargados con odres de agua bajo sus vientres.

El relato del historiador griego es un pequeño reflejo de los

¹ «(...) Μίσγονται δὲ καὶ τοῖς Μαυρουσίοις οἱ Φαρούσιοι διὰ τῆς ἐρήμου σπανίως, ὑπὸ ταῖς κοιλίαις τῶν ἵππων ὑπαρτῶντες τοὺς ἀσκοὺς τοῦ ὕδατος· ἔστι δ' ὅτε καὶ εἰς Κίρταν ἀφικνοῦνται διὰ πινῶν τόπων ἐλωδῶν καὶ λιμνῶν» (Estrabón XVII: 3,7).

modos de vida tradicionales y de los contactos poblacionales a comienzos del siglo I d. C. en el norte de África. Así, los nómadas se desplazaban por estas vías esteparias para trashumar, adentrándose ocasionalmente en las ciudades, quizá con el objetivo de comerciar con los sedentarios. El texto de Estrabón deja entrever la movilidad e interacción de los pueblos norteafricanos antes de su intensa romanización. No obstante, las noticias de alianzas tribales se van a multiplicar a partir de la última guerra púnica y la ocupación imperial (Louali y Philippon, 2004: 113; Briand-Ponsart y Hugoniot 2005: 23).

2. Impacto de la romanización sobre los libio-bereberes

La romanización del norte de África alteró drásticamente su equilibrio socioeconómico al impulsar la sedentarización del conjunto de la población, limitar los desplazamientos de los nómadas y, finalmente, controlar las rutas comerciales indígenas. Aunque la destrucción de Cartago se produjo en el año 146 a. C., la imposición de Roma se hizo efectiva a partir de Augusto, siendo especialmente virulenta entre los siglos I y III d. C. (Bénabou, 1976: 44). Por ello, durante este periodo surgirán muchas de las noticias concernientes a la región esteparia, límite meridional de la romanidad. Dado su carácter fronterizo, el Imperio veló por el control militar y comercial del borde del desierto.

2.1. Control militar

Desde la franja presahariana se organizaron las principales rebeliones de las coaliciones libio-bereberes contrarias a la ocupación imperial. La primera y, quizá, más intensa fue la dirigida por el caudillo musulame Tacfarinas en el siglo I d. C. Esta insurrección aglutinó a los musulames (situados al sur de Numidia), los cinitios (del golfo de Gabés), los garamantes (de Garama) y los mauros (de la península tingitana y el noroeste argelino). La fuerza de esta rebelión se debió a la combinación de las tácticas bélicas de la caballería maura con las de la legión romana, aprendidas por Tacfarinas durante su servicio al Imperio (García y Tejera, 2018: 164-168). Como se observará, se trata de una alianza conformada por gentes diversas, algunas de ellas muy alejadas entre sí. A partir de este episodio se vislumbra la movilidad y la capacidad organizativa de estos pueblos y, con ello, el empleo de una o varias lenguas comunes que permitieran la comunicación. Aunque la franja presahariana se encontraba relativamente alejada del área de influencia cultural púnica², no se puede descartar el conocimiento de esta lengua tras siglos de vecindad y, más aún, cuando se han localizado varias inscripciones neopúnicas³ en el sur de Túnez. Asimismo, los testimonios epigráficos líbicos meridionales, distribuidos a lo largo de la estepa,

2 Según la distribución de las evidencias arqueológicas y epigráficas, el especialista tunecino Mansour Ghaki (1995:100) esbozó los límites del área de influencia púnica: «(...) c'est la région phénicienne punique par excellence: le littoral sur lequel sont venus s'installer les Phéniciens, l'arrière-pays des cités phéniciennes puniques et ce qu'il est convenu d'appeler le territoire de Carthage à la veille de la 3ème guerre entre Carthage et Rome: l'Africa Vetus (les plaines de la basse vallée de la Medjerda, du Fahs, de Siliana, le Sahel et le Cap bon)».

3 Nos referimos a las inscripciones neopúnicas (y, por lo tanto, posteriores a la caída de Cartago) halladas en el sur de Túnez, concretamente en Gabés, Metameur, Henchir Ziane, Tataouine y Henchir Kanefir (Jongeling, 1984: XXXI).

revelan el empleo de esta lengua autóctona y, por lo tanto, la posibilidad de su generalización entre la resistencia indígena. Por el contrario, a excepción de Tacfarinas, dada su condición de exlegionario⁴, y quizá algunos miembros de la alianza, el conjunto de la coalición difícilmente dominaría el latín, pues la romanización aún no se había consolidado en esta región.

La rebelión de Tacfarinas será una de tantas insubordinaciones que protagonizarán los libio-bereberes⁵, unas veces de forma conjunta y otras aislada. Normalmente, el poder imperial se deshizo de los rebeldes norteafricanos mediante su expulsión hacia el suroeste, adueñándose de sus fértiles tierras para, a continuación, instalar en ellas a la población romanizada y, por ende, sedentaria. Para ello se instauró la política de *limitatio*, consistente en dividir y desplazar a las tribus nómadas hacia los territorios improductivos de la estepa, donde su movilidad y sus modos de vida tradicionales se verían seriamente restringidos. Esta medida se desarrolló con más fuerza durante el gobierno de Trajano (98-117 d. C.) y acabó abandonándose a partir de la dinastía Severa (193 d. C.). Por lo tanto, la *limitatio* parece haber motivado el progresivo empuje hacia el desierto de las tribus más perjudicadas (Bénabou, 1976).

También bajo Trajano y otros emperadores de la dinastía antonina sucedió uno de los episodios más difíciles para los nómadas: el cerco del Aurés. Este macizo situado en el noreste de Argelia, además de ocupar un lugar central en la ruta que

4 Durante el Alto Imperio, los legionarios romanos, independientemente de su origen étnico, estaban obligados a conocer la lengua latina. Además, la mayoría sabía leer y escribir (Le Bohec, 2005: 107).

5 Principalmente mauros, musulames, númidas, bacuates, bavares y nasamones (Bénabou, 1976: 250-251).

aquí abordamos, era un sólido núcleo de resistencia indígena. A pesar de ello, los romanos lograron someterlo a partir de la instalación de una serie de colonias y campamentos militares como Thamugadi (100 d. C.), ubicado en el centro de la cordillera, y Ad Maiores (104-105 d. C.), en el sureste. Este último fortín, localizado entre Thabudeos (al occidente) y Capsa (al oriente), permitió el control imperial del cruce meridional del macizo. Finalmente, el traslado de la Legio III Augusta a Lambaesis (115-117 d. C.), paso obligado hacia el altiplano argelino, supuso el dominio del Aurés (Briand-Ponsart y Hugoniot, 2005: 64). Su rodeo conllevó también el bloqueo de la ruta de los Lagos Salados, que hasta entonces había comunicado la región predesértica de Capsa y Tacape (actuales Gafsa y Gabés, Túnez) con el altiplano y el Tell argelino. Ello motivó una migración de nómadas libio-bereberes hacia occidente que terminó chocando con los montañeses de la Mauretania Cesariense (Bénabou, 1976: 120). De acuerdo con la extensión del alfabeto líbico meridional (Mora 2021a), nos preguntamos si parte de estos nómadas esteparios, siguiendo el itinerario farusio, optaron por desplazarse hacia el sur de Mauretania, llegando hasta territorios ajenos al poder imperial.

2.2. Control comercial

Tras el apaciguamiento de la población norteafricana, Roma se adueñó de las rutas esteparias y desérticas, beneficiándose así de su tradicional tráfico comercial. Entre los siglos I y II d. C., el Imperio estaba más preocupado por supervisar los movimientos poblacionales y caravaneros limítrofes que por dominarlos. Esta política cambió con Septimio Severo (193-211 d. C.), el primer emperador romano de origen africano. Además de socavar las últimas rebeliones, Septimio desarrolló una política de expansión

militar y comercial por la franja meridional (Benseddik, 1999: 90-104). Probablemente, su conocimiento del territorio y su dilatada carrera militar favorecieron el control de este espacio y la dinamización del comercio transahariano, especialmente a través de las vías que unían Leptis Magna y Oea con el Fezzan (Gsell, 1933: 153).

Las noticias sobre las rutas comerciales del occidente predesértico son más vagas en esta época, limitándose fundamentalmente a fuentes epigráficas latinas. Así, contamos con más información sobre el tráfico caravanero en las inmediaciones del altiplano argelino gracias a las inscripciones de Ain Kerma y de la Tarifa de Zarai. La última es especialmente reveladora, pues contiene un listado detallado de las mercancías que franqueaban este emplazamiento del norte del Aurés. La inscripción de la Tarifa de Zarai se fecha en el año 202 d. C., cuando Roma se había extendido hasta los montes de los Ouled Nail, siendo Castellum Dimmidi (en el actual Laghouat) su bastión más suroccidental (Faure y Leveau, 2015: 126-128). No obstante, a partir del descubrimiento de una inscripción latina en El Agueneb⁶ (Djebel Amour), fechada en el año 174 d. C., se deduce que el ejército romano se había adentrado, al menos de forma ocasional, en el Atlas sahariano. A pesar de que en el siglo III d. C. estos espacios

6 Se trata de una dedicatoria ofrecida por Cátulo, un decurión de la Legio III Augusta, al genio Thasuni y a otras divinidades. El texto menciona la presencia de un destacamento militar, procedente de Numidia, en este emplazamiento. Debido a que la inscripción está incompleta, se desconocen los verdaderos motivos de la expedición, habiéndose propuesto que se tratara de una incursión contra los nómadas o de una captura de leones (Laporte, 2021: 302-303). Por otra parte, cabe destacar que el nombre del genio, Thasuni, cuya morfología responde a los nombres de acción femeninos bereberes (Naït-Zerrad, 1995: I, 123), refleja la espirantización de la t inicial, un rasgo característico de los dialectos septentrionales y que también se documenta en Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria y Tenerife (Acosta, 2019a). A partir de la inscripción del Agueneb, se constata que este rasgo ya se había extendido hasta la estepa a finales del siglo II d. C.

ya estaban bajo el dominio imperial, los recursos seguían siendo prácticamente los mismos que controlaron los nómadas (Briand-Ponsart y Hugoniot, 2005: 230).

Como su nombre indicaba, Zarai⁷ era un paso entre el altiplano y el Tell argelino. Se ubicaba, por tanto, en un punto estratégico

7 El antiguo topónimo Zarai (actual Zraia, Argelia) parece proceder del nombre de acción azray 'paso', de la raíz panbereber ZRY 'pasar, desfilarse, cruzar' (Trousset, 2002: 355; Haddadou, 2007: 242).

para la supervisión del comercio caravanero. En efecto, a partir de las mercancías citadas, se sabe que en Zarai se estableció un puesto aduanero por el que circulaban tanto los productos procedentes de la región desértica como los originarios del golfo de Tacape. Entre los primeros se hallaban tejidos de lana, pieles, ganado, esclavos, dátiles e, incluso, alumbre, cuyo tráfico estaba controlado por los garamantes. Por otro lado, la mercancía de la pequeña Sirte estaba constituida fundamentalmente por bienes

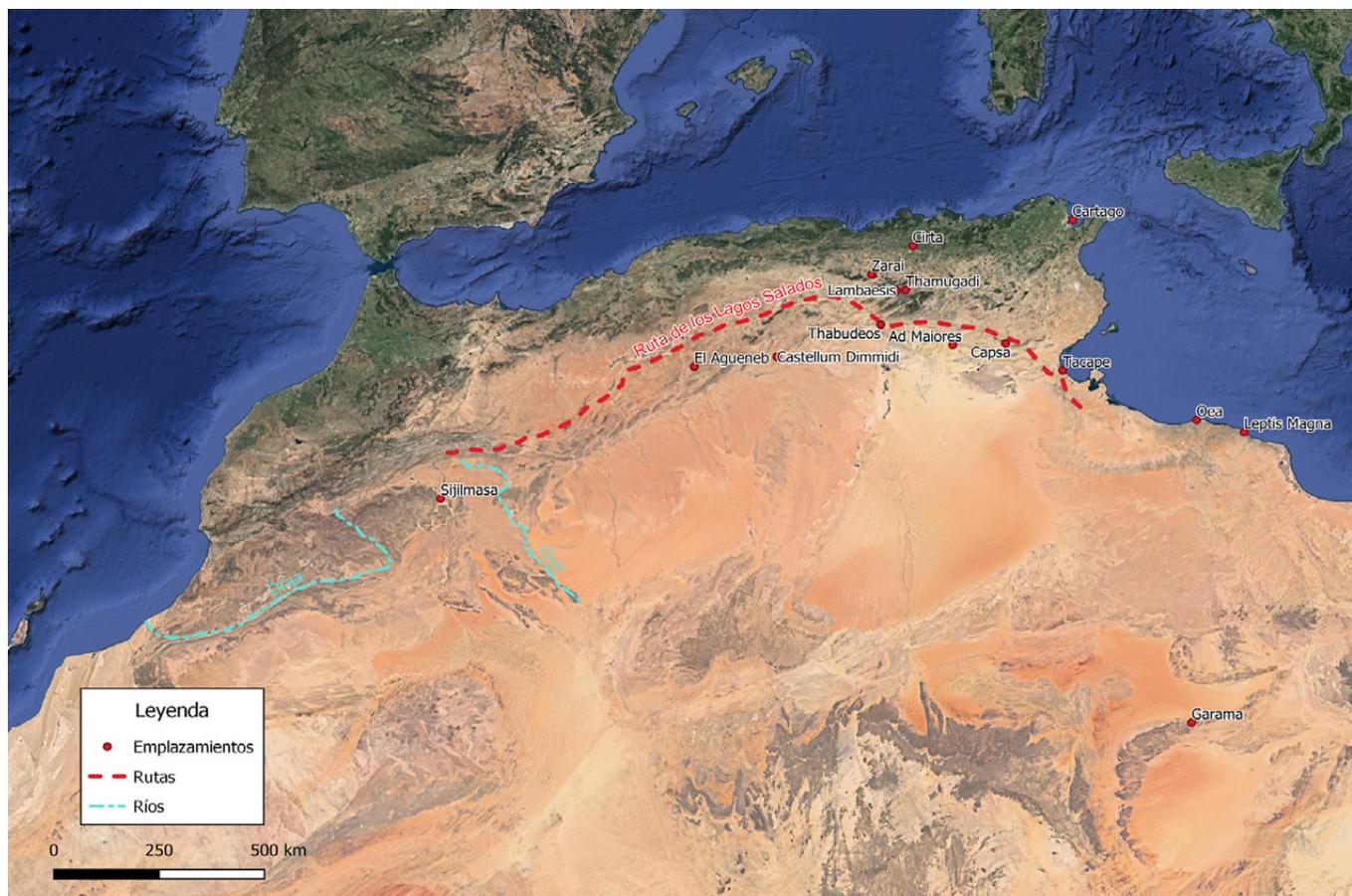


Figura 1. Ubicación de los topónimos mencionados.

suntuarios, como tejidos teñidos con púrpura, garum, vino, esponjas, etc. Asimismo, también se registraron otros productos de proximidad, como la resina y la brea, que probablemente se extrajeron de los bosques del Aurés (Trouset, 2002: 365-366).

En definitiva, la inscripción de Zarai nos aporta una valiosa información sobre el comercio de larga distancia, y concretamente del itinerario que franqueaba el Aurés por su vertiente septentrional. Por otra parte, gracias a los miliarios y a la cartografía antigua se conoce la existencia de una segunda vía situada al sur. Nos referimos nuevamente a la ruta de los Lagos Salados, que, además de ser el espacio donde se organizó la mencionada coalición de Tacfarinas, era también el acceso más corto, llano y resguardado entre el altiplano argelino y la pequeña Sirte (Trouset, 2002: 366). Por lo tanto, el sometimiento del Aurés, a principios del siglo II d. C., supuso también una seria amenaza para la subsistencia de los nómadas, pues ponía fin a su libre circulación y, con ello, al desarrollo autónomo de sus actividades económicas en este espacio.

3. Difusión de la escritura líbico-bereber

Además de las mercancías, los libio-bereberes que transitaron estas vías llevaron consigo su bagaje cultural, cuya materialización no es siempre perceptible. Las inscripciones líbico-bereberes del limes son unas de las escasas evidencias de estos desplazamientos. A pesar de que estos textos no se han podido traducir aún, a partir de su estudio epigráfico hemos sido capaces de constatar que una modalidad tardía descendiente del líbico oficial nómada se distribuyó por el limes, llegando, por la vía occidental, a Tafilalt, el valle del Draa y el Sáhara occidental. Así, observamos tres marcadores alfabéticos que revelan esta difusión:

principalmente, la coexistencia de las sibilantes líbicas \aleph (*s/) y \aleph' (*j/) (incompatibles en el alfabeto occidental y en el oriental funerario), la rotación de ν (*n/) y la presencia del alógrafo \aleph'' (*k/). Además, a estos grafemas, ya presentes en el líbico primigenio, se les suman otros caracteres propios del alfabeto meridional: la letra \aleph''' (*k^s/) y los dígrafos o uniones de consonantes: \aleph'''' (*rt/) y \aleph''''' (*wr/). El empleo de las ligaduras, exclusivas de la modalidad meridional rupestre, se acabó extendiendo también al Sáhara central, conservándose su uso entre los tuaregs (Mora, 2021a: 49-54).

Obviamente, el alfabeto líbico meridional no se expandió de forma aislada, sino que lo hizo aparejado a la lengua que representaba. En este sentido, se plantea la probabilidad de que un estadio antiguo de la lengua bereber conociera su máxima extensión a partir de las migraciones y los movimientos caravaneros que incitó la ocupación romana. De este modo, esta variedad diacrónica del bereber podría haberse extendido hacia la costa atlántica y hacia el Sáhara, funcionando como lengua franca del comercio⁸.

Canarias, además de haber sido el límite occidental de la expansión libio-bereber, también lo fue de la difusión del alfabeto meridional. Concretamente, de la modalidad que se generalizó a partir del Atlas sahariano, caracterizada por el empleo de las ligaduras y por una preferencia por el soporte rupestre, rasgos que eran ajenos al antiguo líbico urbano. Además, las inscripciones canarias presentan, al menos,

⁸ Gsell (1913: I, 319; 1933: 158-164) fue uno de los primeros autores en defender una tardía berberización del sur del Atlas y el Sáhara occidental. Además, más recientemente, otros autores han señalado la posibilidad de que, tras la romanización, la lengua bereber conformara una koiné en el norte de África y el Sáhara (Louali y Philippson, 2004: 113; Múrcia, 2011: II, 334, 352-355; Acosta, 2019b: 49-50).

siete alógrafos diacrónicos de las formas líbicas originales y que, por ende, señalan el trasplante de un alfabeto tardío⁹. Por otro lado, se detectan rasgos fónicos de los dialectos bereberes meridionales en las inscripciones herreñas, como son la variación libre de */s/~*/ʃ/ y */t/~*/tʰ/ (Mora, 2021b: 100). En definitiva, todo ello descarta que la escritura se trasplantara de forma temprana y directa desde la costa mediterránea. Por el contrario, parece haber llegado desde la vecina franja atlántica norteafricana, coincidiendo aparentemente con un primer poblamiento de Canarias. Quizá esta arribada estaba vinculada al éxodo de los libio-bereberes hacia el suroeste. En este sentido, se observa una contemporaneidad¹⁰ entre los episodios más violentos de la romanización y el conjunto de dataciones radiocarbónicas más antiguas que la arqueología canaria ha obtenido sobre restos de ciclo corto¹¹ (Morales, Rodríguez y Henríquez, 2017: 206; Velasco *et al.*, 2020: 14-24; Alberto *et al.*, 2022: 7-8). No obstante, de momento no hay datos que confirmen la relación causal entre la migración libio-bereber continental y la decisión de poblar el archipiélago.

9 Nos referimos a los siguientes signos: 𐤃, variante tardía de 𐤀 (*/f/); 𐤄 de 𐤁 (*/tʰ/); 𐤅 de 𐤁 (*/s/); 𐤆 de 𐤁 (*/ʃ/); 𐤇 de 𐤁 (*/g/); 𐤈 de 𐤁 (*/k/); y 𐤉 de 𐤁 (*/j/).

10 «Sur la base des données aujourd'hui disponibles, l'arrivée en Grande Canarie des populations venues du continent qui s'y installeront durablement, sans hiatus apparents, est attestée à partir des IIIe-IVe siècles de l'ère commune. Étant donné que ces datations concernent des sites qui ne semblent pas correspondre à une période de tâtonnements adaptatifs, il est plausible que la présence sur l'île de ce groupe canarien ancestral remonte un peu plus loin dans le temps, peut-être au IIe siècle de l'ère commune, car, en toute logique, il faudrait songer à une phase préalable d'exploration et de familiarisation de ces nouveaux arrivants avec un environnement jusqu'alors inconnu» (Onrubia, 2021: 370).

11 Cabe mencionar que se han datado recientemente restos faunísticos de la cueva de La Herradura, en la isla de El Hierro (frontera occidental del hecho libio-bereber). Las muestras, obtenidas durante las excavaciones de 2018, se sitúan entre los siglos II y III d. C. (Jonathan Santana, com. pers.).

4. Conclusiones

La conquista romana del norte de África afectó seriamente a los modos de vida de los nómadas libio-bereberes al incitar su sedentarización, controlar sus recursos y limitar sus desplazamientos. Este fenómeno se agudizó entre los siglos I y III d. C., motivando múltiples levantamientos de los pueblos más perjudicados. Como respuesta, durante el gobierno de Trajano y hasta la dinastía Severa, el Imperio empujó a los rebeldes hacia los territorios más estériles, expropiando sus tierras e instalando en su lugar a la población romanizada.

A comienzos del siglo II d. C. se produjo uno de los episodios más duros y significativos para los nómadas norteafricanos: el cerco del Aurés. Este macizo conformaba un núcleo estratégico de la economía trashumante y de la resistencia a la romanización. Su sometimiento supuso el bloqueo de la ruta de los Lagos Salados y, por ende, la libre circulación entre la pequeña Sirte y el sur de la Mauretania. Ello provocó la migración de los nómadas hacia la Mauretania Cesariense y, según se desprende de la extensión del líbico meridional, también hacia el sur del Atlas.

A partir del siglo III d. C., la dinastía Severa ya había consolidado el dominio militar y comercial de la red caravanera. Por consiguiente, gracias a los testimonios que dejaron podemos profundizar en los productos y los circuitos comerciales que anteriormente habían controlado los libio-bereberes. Además de las mercancías, los nómadas trasladaron consigo su lengua y escritura. De hecho, observamos que las inscripciones líbicas meridionales se distribuyen a lo largo de la franja del limes y la región presahariana, comprendiendo regiones tan

occidentales como el Tafilalt y el valle del Draa. Paralelamente, la antigua lengua bereber debió de haber alcanzado su máxima extensión, originándose una koiné que permitiera la intercomprensión de pueblos lejanos y, con ello, el desarrollo del comercio más allá del limes.

En definitiva, el primer poblamiento de Canarias parece estar relacionado con la expansión libio-bereber hacia el suroeste, agudizada tras la ocupación del Aurés y el impulso del comercio transahariano. Las razones que nos inducen a defender esta hipótesis se fundamentan en la existencia del alfabeto líbico meridional en las siete islas, la presencia de rasgos fónicos de los dialectos bereberes del sur en los textos herreños y las dataciones radiocarbónicas más antiguas, coincidentes con los momentos álgidos de la romanización del norte de África.

Bibliografía

- ACOSTA ARMAS, J. (2019a). «Notas sobre la espirantización de */t/ bereber en los guanchismos». *Revista de filología*, 39. La Laguna: Universidad de La Laguna, 13-70.
- ACOSTA ARMAS, J. (2019b). «Procedimientos de subordinación relativa en tres lenguas bereberes: posibles reflejos en guanchismos». En: *Nuevos estudios de lingüística moderna*. Berlín: Peter Lang, 49-64.
- ALBERTO BARROSO, V.; MORENO BENÍTEZ, M.; ALAMÓN NÚÑEZ, M.; VEGA RUIZ, R.; MENDOZA MEDINA, F.; SUÁREZ MEDINA, I.; CABRERA LÓPEZ, R. (2022). «Sobre el tiempo de los majos: nuevas fechas para el conocimiento del poblamiento aborigen de Lanzarote». *Anuario de estudios atlánticos*, n.º 68: 068-001, 1-23.
- BÉNABOU, M. (1976). *La résistance africaine à la romanisation*. Paris: La Découverte.
- BENSEDDIK, N. (1999). «Septime Sévère, P. Aelius Peregrinus Rogatus et le limes de Maurétanie Césarienne». En: LEPELLEY, C.; DUPUIS, X. (eds.). *Frontières et limites géographiques de l'Afrique du nord antique: hommage à Pierre Salama*. Paris: Publications de la Sorbonne, 89-108.
- BRIAND-PONSART, C. ; HUGONIOT, C. (2005). *L'Afrique romaine de l'Atlantique à la Tripolitaine 146 av. J.-C.-533 ap. J.-C.* Paris: Armand Colin.
- DESANGES, J. (1962). *Catalogue des tribus africaines de l'antiquité classique à l'ouest du Nil*. Dakar: Université de Dakar, Faculté des Lettres et Sciences Humaines.
- ESTRABÓN (2014). *Géographie, livre XVII 2e partie*. Ed. de Jehan Desanges. Paris: Les Belles Lettres.
- FAURE, P.; LEVEAU, P. (2015). «Les marges de la Numidie romaine à la lumière d'une nouvelle inscription des Monts des Ouled Naïl». *Antiquités africaines*, 51, 125-148.
- GARCÍA GARCÍA, A.; TEJERA GASPAS, A. (2018). *Bereberes contra Roma: insurrecciones indígenas en el norte de África y el poblamiento de las islas Canarias*. La Orotava: Le Canarien.
- GHAKI, M. (1995). «La répartition des inscriptions libyques». *Revue du Centre d'Études de la Civilisation Phénicienne-Punique et des Antiquités Libyques (REPPAL)*, IX. Tunis: Institut National du Patrimoine.
- GSELL, S. (1913). *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord. I*. Paris: Librairie Hachette.
- GSELL, S. (1933). «La Tripolitaine et le Sahara au IIIe siècle». *Mémoires de l'Institut National de France*, tomo 43, 1.ª parte, 149-166.
- HADDADOU, M. A. (2007). *Dictionnaire des racines berbères communes*. Argel: Haut-Commissariat à l'Amazighité.
- JONGELING, K. (1984). *Names in neo-Punic inscriptions*. Groningen: University of Groningen.
- LAPORTE, J.-P. (2021). «Chasses et captures numides et romaines de fauves africains». En: BLANC-BIJON, V. et al. (eds.). *L'Homme et l'animal au Maghreb de la Préhistoire au Moyen Âge: explorations d'une relation complexe*. Aix-en-Provence: Aix-Marseille Université, 297-306.
- LE BOHEC, Y. (2005). *Histoire de l'Afrique romaine (146 avant J.-C.-439 après J.-C.)*. Paris: Picard.
- LOUALI, N.; PHILIPPSON, G. (2004). «Berber expansion into and within North-West Africa: a linguistic contribution». *Afrika und Übersee*, 87, pp. 105-121.

MORA AGUIAR, I. (2021a). «La transcripción del alfabeto líbico-bereber canario: el ejemplo de El Hierro». *Vegueta: anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 21 (2). Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, pp. 79-106.

MORA AGUIAR, I. (2021b). «La dispersión de la escritura líbico-bereber desde Numidia hasta Canarias». En: MONCUNILL, N.; RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. (eds.). *Aprender la escritura, olvidar la escritura: nuevas perspectivas sobre la historia de la escritura en el occidente romano*. Vitoria-Gasteiz: Universidad del País Vasco, 37-62.

MORALES, J.; RODRÍGUEZ, A.; HENRÍQUEZ VALIDO, P. (2017). «Agricultura y recolección vegetal en la arqueología prehistórica de las islas Canarias (siglos III-XV d. C.): la contribución de los estudios carpológicos». En: FERNÁNDEZ, J. et al. (eds.). *Miscelánea en homenaje a Lydia Zapata Peña*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 189-218.

MÚRCIA SÁNCHEZ, C. (2011). *La llengua amaziga a l'antiguitat a partir de les fonts gregues i llatines*. Vol. 2. Barcelona: Promocions i Publicacions Universitàries.

NAÏT-ZERRAD, K. (1995). *Grammaire du berbère contemporain (kabyle)*. I. *Morphologie*. Alger: Enag.

ONRUBIA PINTADO, J. (2021). «La construction des indigénéités canario-amazighes: identités, ethnogenèse et autochtonie pendant la colonisation européenne des îles Canaries (XIVe-XVIe siècles)». En: KALLALA, N.; YAZIDI, B. (2021). *Autochtonie I. Entre autochtone, devenir autochtone: définitions, représentations*. Tunis: Centre des Arts, de la Culture et des Lettres «Ksar Saïd», 369-390.

TROUSSET, P. (1982). «Le franchissement des chotts du Sud tunisien dans l'Antiquité». *Antiquités africaines*, 18. Paris: CNRS, pp. 45-69.

TROUSSET, P. (2002). «Le tarif de Zaráï: essai sur les circuits commerciaux dans la zone présaharienne». *Antiquités africaines*, tomo 38-39, pp. 355-373.

VELASCO, J.; ALBERTO, V.; DELGADO, T.; MORENO, M.; LECUYER, CH.; RICHARDIN, P. (2020). «Poblamiento, colonización y primera historia de Canarias: el C14 como paradigma». *Anuario de estudios atlánticos*, n.º 66: 066-001, 1-24.



El viaje a una isla: migración, demografía y dinámicas sociales

Javier Velasco Vázquez (Servicio de Patrimonio Histórico. Cabildo de Gran Canaria)

Las miradas occidentales a las islas han estado plagadas de mitos y tópicos, hasta el punto de convertirlas en lugares que fascinan, a la vez que generaban una inquietud propia de lo desconocido. La lejanía, el aislamiento, lo primitivo, el desafío de un territorio por civilizar, lo exótico e, incluso, su consideración como paisajes en los que parece que se hubiera detenido el tiempo, son constantes en la mitología y en la ficción en las que son protagonistas las islas. Estando de acuerdo con ello, podríamos preguntarnos si todos estos «lugares comunes» han condicionado también nuestra forma de entender a los antiguos pobladores de Canarias en su dimensión histórica, si nuestra idea de «isla» ha sido proyectada de algún modo a las explicaciones construidas sobre el pasado prehispánico del archipiélago.

Si hacemos un repaso crítico tanto a la historiografía arqueológica reciente como a las visiones más extendidas sobre las antiguas poblaciones canarias, no queda más respuesta que la afirmativa. Sin embargo, a la luz de la información disponible, sobre todo la generada esta última década, merece la pena que nos cuestionemos esa forma de concebir el marco de referencia de nuestro pasado. Hoy hay indicios para pensar que quizás el aislamiento al que habíamos apelado como referente metodológico necesita, cuando menos, redefinirse. Quizás no es tal la lejanía que habíamos concebido si, en vez de a Europa, miramos al continente africano, a su historia y a sus poblaciones más allá del primer poblamiento de las islas. Es probable que si observamos con atención el registro arqueológico insular podamos redescubrir unas sociedades que fueron mucho más dinámicas y cambiantes de lo que habíamos supuesto hasta ahora y sujetas a unos agentes de cambio que

no siempre podremos asimilar a meros procesos adaptativos de orden local. En otras palabras, quizás pueda ayudar a un mejor conocimiento del pasado cuestionar algunos de los axiomas a los que nos habíamos entregado a la hora de estudiar esa porción de historia. Como también puede contribuir a ello valernos de nuevas herramientas y fórmulas de análisis de las evidencias arqueológicas, eso sí, con el propósito fundamental de generar narrativas históricas claras, articuladas, integradoras, críticas y, sobre todo, constructivas.

Una vía de trabajo para avanzar en estos planteamientos podría ser recuperar las perspectivas diacrónicas de las dinámicas sociales y los elementos que, en un marco como el grancanario, pueden estar interviniendo en los cambios y permanencias que se observan en los registros arqueológicos. Una de las vías de estudio más interesantes en este sentido viene de la mano de la paleodemografía, pues permite, desde una perspectiva diacrónica, incorporar esta variable a la que tradicionalmente se otorga un destacado protagonismo como agente del cambio cultural, al relacionarse con aspectos tan diversos como las prácticas de subsistencia, la complejidad social, los conflictos intergrupales, los patrones de ocupación del territorio, la posibilidad de eventos migratorios, etc. La generación de modelos con capacidad para explicar las dinámicas a las que se ven sometidas las poblaciones del pasado, así como el examen de las causas que motivan su estabilidad o inestabilidad, participa en la construcción de una explicación histórica de los cambios culturales identificados arqueológicamente, en una amplia variedad de escalas cronológicas y territoriales.

Pero, ¿cómo asociar dataciones radiocarbónicas y dinámicas sociales o tendencias de población? Para plantear este vínculo debe asumirse una serie de premisas desde las que entender las posibilidades de este procedimiento de análisis. De forma sintética, los supuestos básicos de este método serían, por un lado, la existencia de una correlación entre el tamaño de una población dada y la cantidad de restos materiales que esta generaría, y, por otro, que la muestra de restos materiales utilizados para la datación sea representativa del conjunto. Esta situación asume que la distribución de frecuencias de fechas absolutas debería reflejar cambios en el tamaño relativo de la población o, tratando de ser más exactos, de la dinámica poblacional en un intervalo de tiempo concreto.

Sin entrar en grandes detalles¹, el estudio de dinámicas poblacionales en este caso descansa en el análisis del sumatorio de las distribuciones de probabilidad de las dataciones radiocarbónicas que se lleva a cabo en el entorno R Statistical 4.0.3, utilizando el paquete rcarbon, versión 1.4.1 y la curva IntCall 20. Para evitar en la medida de lo posible las valoraciones subjetivas, las curvas obtenidas en este análisis se comparan con dos modelos teóricos nulos de crecimiento de la población (exponencial y logístico) (figs. 1 y 2) para determinar estadísticamente si las fluctuaciones de dinámica poblacional inferidas indican desviaciones significativas. A diferencia de un trabajo anterior en el que solo se analizaron fechas procedentes de contextos funerarios (Velasco *et al.*, 2021), en este caso se incorporaron también las originarias de espacios domésticos (Velasco *et al.*, 2020), lo que supuso disponer de un total de 309 dataciones radiocarbónicas realizadas sobre materiales de vida corta.

Los resultados son semejantes a los obtenidos previamente, si bien debe prevalecer la cautela sobre todo en la lectura de datos correspondientes al primer milenio, porque es el período de tiempo para el que disponemos de menor información arqueológica. En todo caso, puede resultar de interés un breve comentario de la información que se deduce de las gráficas obtenidas:

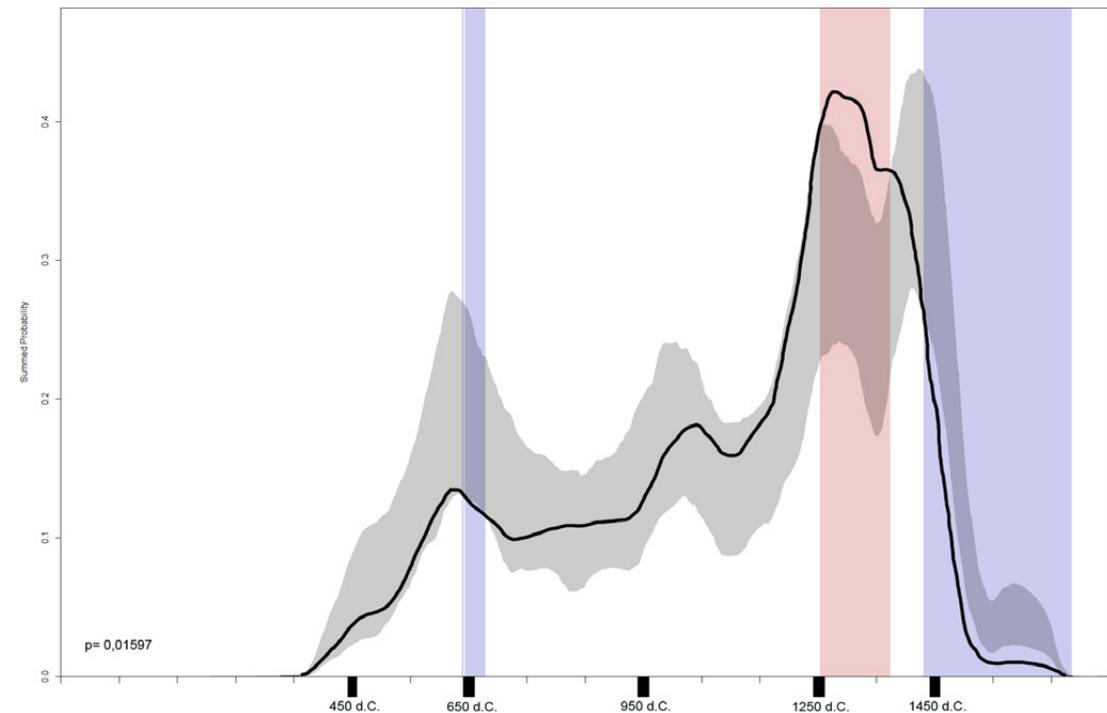


Figura 1. Modelo comparativo con crecimiento exponencial.

¹ Pueden consultarse en Velasco *et al.* (2021).

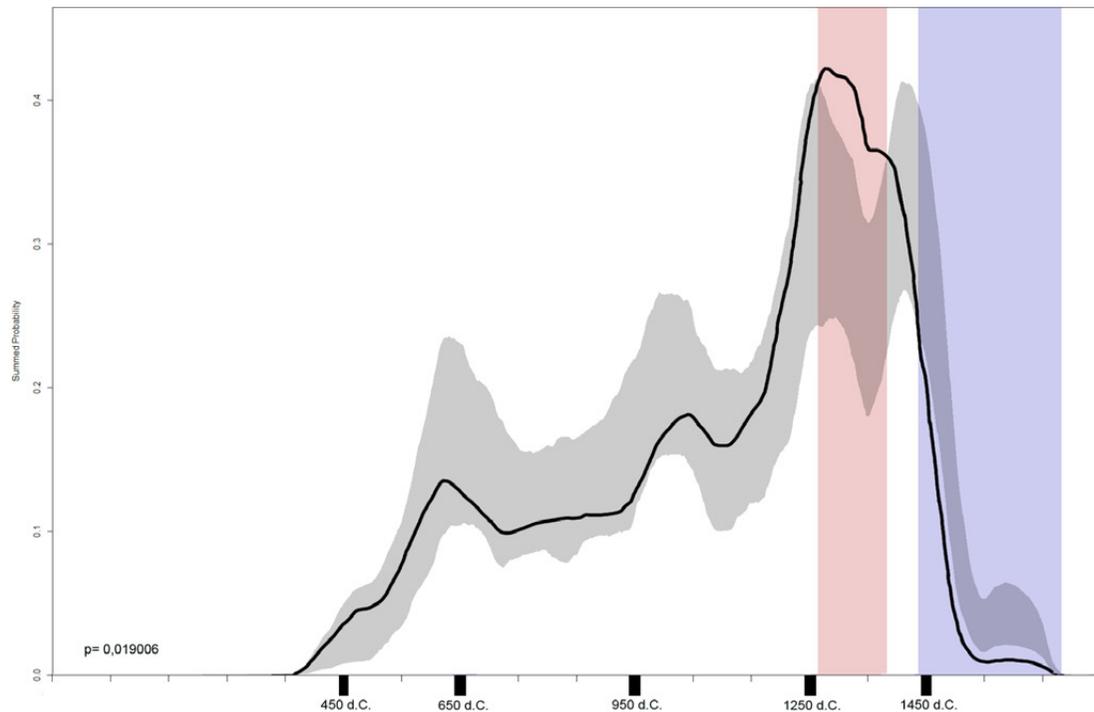


Figura 2. Modelo logístico.

En los dos casos se observa que, tras un primer momento de rápido crecimiento, esta tendencia se invierte para recuperarse poco más tarde con un ascenso muy pausado hasta, aproximadamente, el cambio de milenio. En ambas representaciones se aprecia un episodio de descenso de la curva coincidente con la segunda mitad del siglo VII, describiendo una tendencia a la baja que se prolonga hasta bien entrado el VIII (si bien solo alcanza significación estadística con respecto al modelo exponencial). A partir de ese momento los datos dibujan en la gráfica una clara meseta para la que, como ya

se había dicho, podría proponerse un crecimiento muy poco destacado hasta finales del siglo X. En términos generales, los datos expuestos reflejarían un patrón de desarrollo poblacional más cercano al modelo logístico, esto es, ajustado a las limitaciones de capacidad de carga que pudiera tener, según el modelo económico, un territorio insular como el de Gran Canaria. Esto es, un rápido crecimiento coincidente con los primeros momentos de la ocupación insular que luego se modera una vez consolidado el proceso de ocupación de la isla. A partir del cambio de milenio el modelo cambia, reflejando un crecimiento muy acusado a partir de la segunda mitad del siglo XI y que desde mediados del siglo XIII supera con creces los límites establecidos por los modelos nulos, para descender drásticamente en torno a 1450, aproximadamente. Se trata de un perfil de crecimiento que en otros contextos se ha descrito como el reflejo de un boom demográfico al que sigue, pasado el tiempo, una caída igualmente significativa.

Los resultados presentados son indicativos de unas dinámicas sociales que sufren importantes variaciones a lo largo del tiempo y que en ningún caso escenifican un patrón constante a lo largo de todo el proceso de poblamiento de Gran Canaria. Encontrar una explicación a los momentos de cambio o a las fases de mayor estabilidad de las gráficas de análisis del sumatorio de las distribuciones de probabilidad de las dataciones radiocarbónicas es, sin embargo, una tarea bastante más complicada, pues no siempre contamos con información suficiente para ello. En cualquier caso, merece la pena plantear algunas hipótesis de trabajo.

Los dos principales momentos de cambio que expresan las curvas obtenidas, siglos VII-VIII y XI-XII, coinciden con etapas en las que el registro arqueológico insular muestra también signos de transformación e innovación. Probablemente el primero de

ellos sea el más difícil de precisar por la limitación de datos disponibles. Para esta etapa (siglos VII-VIII) la novedad de mayor calado es la aparición en Gran Canaria de las necrópolis tumulares, como Arteara o el Maipés de Agaete, que suponen nuevos escenarios sociales dedicados a la práctica funeraria. Unos cementerios al aire libre en los que la muerte se apropia del paisaje para manifestar tanto la identidad colectiva como, sobre todo, las diferencias interpersonales a partir de aspectos tan diversos como el lugar que se ocupa en el cementerio o las dimensiones y complejidad constructiva de la tumba. En fechas anteriores no hay evidencia alguna de este tipo de espacios cementeriales al aire libre. A la vez, las huellas de la ocupación humana por el territorio insular se diversifican con la aparente implantación de nuevos asentamientos que vienen a sumarse a los ya identificados para momentos previos y que continúan en funcionamiento. Coincide en estos mismos años una concentración inusualmente elevada de casos de violencia letal, testimoniados por traumatismos localizados en el cráneo sobre todo en individuos masculinos (Delgado, Alberto y Velasco, 2020).

Aunque se trata de una serie de marcadores cuya asociación requiere de mayor examen histórico, no cabe duda de que coinciden en señalar un momento transformador que se materializa también en una variación en las dinámicas sociales observadas hasta ese momento. En este sentido, además de con cuestiones de orden interno, se han relacionado todos estos hechos con un eventual evento migratorio, que supone la llegada de población desde el norte de África que codinamiza esta coyuntura de novedades perceptibles en el registro arqueológico insular. Obviamente, y como se ha defendido, no supondría ni una llegada masiva de población ni una situación de reemplazo cultural, pero sí de la arribada de una serie de elementos

con capacidad transformadora de una realidad social que quizás ya estuviera experimentando ciertos cambios en sus dinámicas sociales.

El segundo de los episodios destacados (siglos XI-XII) se asocia a nuevos cambios en el registro arqueológico de Gran Canaria y que, como en el caso anterior, se relacionan con novedades en la práctica funeraria, en las fórmulas de ordenación de las principales actividades económicas y en expresiones diversas de la materialidad cotidiana. La novedad sobre la que más se ha llamado la atención para este período es la aparición en el registro arqueológico insular de los cementerios de fosas y cistas, para los que por el momento no hay fechas anteriores a los primeros compases del segundo milenio. Aparecen, además, vinculados a un modelo de hábitat en estructuras de superficie, las «casas de piedra», como tradicionalmente se han denominado en Gran Canaria. Ninguna de estas construcciones domésticas ha proporcionado fechas previas a los últimos compases del siglo X o comienzos del XI. Coincide, además, que las máximas concentraciones de este tipo de evidencias se sitúan por lo general por debajo de los 250 m sobre el nivel del mar, materializando un modelo de ocupación del territorio en el que parece prevalecer el aprovechamiento de las vegas agrícolas de Gran Canaria y de los productos que ofrece el litoral insular.

Los denominados graneros colectivos, la cerámica pintada y ciertas producciones como las figurillas de barro o las pintaderas, parece que conocen a partir de este momento un desarrollo destacado, si bien es pronto aún para decir si constituyen novedades asociadas a este momento de cambio o pueden reconocerse antecedentes de algunas de estas manifestaciones para momentos más antiguos. Por el momento, la primera de las opciones parece la más probable, si bien falta más documentación arqueológica al respecto.

A ello se puede sumar otro dato interesante: las curvas proporcionadas por el análisis del sumatorio de las distribuciones de probabilidad de las dataciones radiocarbónicas marcan un crecimiento especialmente significativo a partir del siglo XIII, esto es, décadas después de la aparición de todas esas novedades en el registro arqueológico grancañario. Esos elementos novedosos no pueden ser atribuidos a un incremento demográfico o a la respuesta adaptativa que de tal situación podría derivarse. La lectura parece ser la contraria: ese momento de transformaciones que se documenta en los primeros compases del segundo milenio tiene, entre otras consecuencias, un crecimiento poblacional que alcanza su máxima expresión entre la segunda mitad del XIII y parte del XIV. Un período para el que también se observa una intensificación de la producción agrícola y un incremento notable de la actividad pesquera, quizás como respuesta a una situación de cambios muy pronunciados en un período de tiempo relativamente corto.

Los cambios observados son de tal envergadura, en un marco de tiempo tan concreto y sin aparentes antecedentes en el registro arqueológico insular, que también se ha propuesto que parte de estos procesos deban estar impulsados por la llegada de nueva población desde el continente africano entre fines del siglo X y los primeros años del XI.

Bibliografía

DELGADO DARIAS, T.; ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J. (2020). «Isolation and violence on an oceanic island: lethal injuries in a pre-Hispanic burial in Gran Canaria (Canary Islands, Spain)». *The journal of island and coastal Archaeology*, v. 17(2), pp. 297-315.

VELASCO VÁZQUEZ, J.; ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO-BENÍTEZ, M.; LECUYER, C.; RICHARDIN, P. (2020). «Poblamiento, colonización y primera historia de Canarias: el C14 como paradigma». *Anuario de estudios atlánticos*, 66, pp. 1-24.

VELASCO VÁZQUEZ, J.; ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M. (2021). «A propósito del poblamiento aborigen en Gran Canaria: demografía, dinámica social y ocupación del territorio». *Complutum*, 32, pp. 167-189. [Disponible en línea en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/76453>].



Sobre las narrativas del poblamiento humano de las islas Canarias

Jonathan Santana Cabrera (Investigador Ramón y Cajal. G.I. Tarha. Departamento de Ciencias Históricas. ULPGC)

La investigación arqueológica continúa debatiendo cómo los seres humanos colonizaron por primera vez las islas Canarias. Los historiadores han elaborado distintas propuestas explicativas basándose en los datos arqueológicos, las fuentes históricas y sus exploraciones especulativas. Algunas de estas hipótesis divergen únicamente en el foco de sus argumentaciones y en las fuentes empleadas. No obstante, algunas teorías sobre la colonización del archipiélago canario son contradictorias entre sí, generando incertidumbre al mismo tiempo que facilitan la discusión científica. Esta cuestión constituye una problemática arqueológica trascendental para comprender las dinámicas de evolución cultural e interacción con el medio ambiente durante el periodo aborigen. El poblamiento de Canarias también despierta un enorme interés en la sociedad canaria actual, quizás como reflejo de la necesidad social de establecer una narrativa específica para una realidad histórica y psicológica distinta a la de la metrópolis, y donde la arqueología parece jugar un rol destacado.

La búsqueda de una cosmogonía canaria

Los seres humanos han buscado desde tiempos prehistóricos una explicación al origen de la vida. Las narrativas religiosas han proporcionado una respuesta satisfactoria para nuestra especie durante milenios y todavía hoy en día sus argumentos sirven a millones de personas. El desarrollo de la investigación científica y el pensamiento crítico en los últimos cientos de años ha supuesto la aparición de propuestas alternativas sobre el origen de la vida y el rol de nuestra especie en el universo basadas en el método científico. En la actualidad, los investigadores siguen

dedicando enormes esfuerzos a entender el proceso por el cual hemos llegado a convertirnos en una especie inteligente capaz de transformar el planeta en su beneficio y de reflexionar sobre sí misma. Esta investigación no solo despierta el interés de la comunidad científica, sino que también genera expectativas en la sociedad, en tanto que tiene un impacto en el ámbito identitario de las personas. No nos basta con saber que existimos, que somos; queremos saber cómo hemos llegado hasta aquí. Este camino, el de la evolución humana, es un tránsito complejo con múltiples implicaciones biológicas, históricas, filosóficas y religiosas.

Tener consciencia de un origen definido, real o ficticio, nos permite ubicarnos en un punto concreto de la historia, nos permite mirar al pasado y entender el camino que explica nuestra propia existencia. También nos ofrece la posibilidad de compartir un origen común con otras personas, sea a través de lazos familiares o compartiendo una cultura, un territorio o una ideología. Las personas representamos ese origen común a través de una narración que explica el origen de todo hasta nosotros. Estas narraciones dan respuesta, en cierta medida, a nuestra curiosidad innata y a la búsqueda por encontrar una explicación al principio de las cosas y a nuestro lugar en el mundo. No solo sirven para revelar la realidad que nos rodea, sino que además proporcionan experiencias para edificar identidades culturales, religiosas y laicas, que nos permiten diferenciarnos en una comunidad concreta y distante de las demás.

Es probable que la necesidad de un mito fundacional esté detrás de la importancia que el poblamiento aborigen de Canarias tiene para la sociedad de estas islas. La propia insularidad canaria

configura un ámbito territorial, simbólico y temporal que precisa de la integración de nuestro pasado aborigen, cuyo impacto en el territorio y en nuestra cultura es fundamental y visible. También lo es, y en mayor medida, la colonización europea, cuyo origen está perfectamente definido gracias a la investigación histórica, la tradición cultural y el monopolio del discurso político. De ahí que el poblamiento aborigen de las islas genere tanto interés, no solo por ser una cuestión científica todavía en discusión, sino porque representa un hito fundacional desde el que edificar una cosmogonía particular de la sociedad canaria. Así que esta cuestión se revela también como un referente psicológico e identitario necesario para explicarnos a nosotros mismos. Para comprender el discurrir entre el origen, cualquiera que sea, y el presente, las personas hemos utilizado múltiples herramientas. La física y la química nos sirven para entender cómo surgió y evolucionó la materia; la geología para comprender cómo se formó el planeta; y la historia, como disciplina científica, para investigar cómo surgieron y evolucionaron las sociedades humanas.

Como la documentación escrita sobre los indígenas canarios es muy exigua y además solo ofrece el punto de vista de los conquistadores y colonizadores europeos, para conocer su pasado necesitamos utilizar la arqueología, una ciencia que nos permite interpretar los vestigios materiales del pasado y proporcionar narrativas históricas sobre las sociedades antiguas. Pero esta tarea es extremadamente complicada. Los yacimientos arqueológicos son, por naturaleza, un fragmento material de la vida de personas que habitaron tiempo atrás. Son piezas de un puzle que se vuelve más incompleto a medida que nos adentramos en el tiempo. En el caso de Canarias, los arqueólogos interpretamos estas piezas y las relaciones que se establecen entre ellas desarrollando una explicación, una narrativa, para proponer cuándo, cómo y por qué estas islas fueron colonizadas.

Buscando la pieza de un puzle que nunca estuvo completo

En la actualidad existen distintas teorías del poblamiento de Canarias. Algunos investigadores sostienen que los aborígenes canarios llegaron traídos por fenicios o cartagineses. Según otros historiadores, fueron desplazados por romanos para explotar los recursos económicos o como castigo por haberse rebelado contra Roma. Otros pensamos que alcanzaron las costas canarias por sus propios medios. Pero si las evidencias arqueológicas son las mismas para todos los investigadores, ¿por qué hay tanta disparidad entre arqueólogos acerca del poblamiento de Canarias? Para comprender esta diversidad de propuestas hay que entender, en primer lugar, que la competición entre distintas hipótesis es común en todas las disciplinas científicas y la confrontación de argumentos es uno de los principales mecanismos de avance científico. Además, son diferencias esperables dadas la fragmentación y la escasa representatividad del registro arqueológico de los primeros momentos del poblamiento en las islas Canarias. Como hay pocas piezas del puzle, tenemos que otorgar un espacio mayor al terreno de la especulación a la hora de elaborar nuestras hipótesis, lo que genera mayor incertidumbre. Desde mi punto de vista, dos cuestiones fundamentales permiten entender la coexistencia de varias narrativas del poblamiento: primero, la cuestión metodológica (¿qué datos tratamos?), y segundo, la cuestión teórica (¿qué consideramos más plausible?).

La problemática metodológica tiene que ver con nuestra capacidad para identificar el contexto arqueológico más antiguo. Las evidencias arqueológicas de los aborígenes canarios están asociadas a una extensión temporal que marca un inicio y un fin. En este caso podemos determinar el fin en 1496, cuando se termina de conquistar todas las islas y comienza un nuevo periodo caracterizado por la dependencia de la Corona de

Castilla (fig. 1). Sin embargo, es probable que nunca sepamos con certeza cuál es el yacimiento arqueológico aborigen más antiguo, ya que siempre existirá la posibilidad de que aparezca un lugar más antiguo todavía. Esta duda nos hace suponer que el poblamiento de las islas pueda ser anterior a lo observado en el registro arqueológico y, en consecuencia, desarrollemos teorías sobre la colonización que no necesariamente estén basadas en las evidencias materiales.



Fig. 1. Cráneo con heridas de espada, que causaron su muerte, procedente de la cueva funeraria de Los Acarreaderos (Agaete, Gran Canaria). Estos restos representan la parte más violenta del proceso de conquista y colonización de las islas Canarias en el siglo XVI. Foto: Jonathan Santana.

Pero antes de definir cuál es el contexto arqueológico más antiguo, también debemos prestar atención al propio concepto de colonización. ¿Nos referimos a cuando una población humana llega a una isla?, ¿a cuando comienza a visitar con frecuencia ese territorio?, ¿a cuándo se instala permanentemente?, ¿o a cuando observamos una ocupación transgeneracional del mismo sitio? Al mismo tiempo, tenemos que diferenciar entre lo que podemos definir como marco hipotético de colonización, o, lo que es lo mismo, la perspectiva que tiene en cuenta cualquier información que sugiere la posibilidad razonable de una ocupación humana, y, por otro lado, la colonización arqueológica, que se refiere al conjunto de eventos observables en el registro arqueológico que solo pueden ser explicados por la actividad humana.

Un ejemplo lo tenemos en el registro paleoecológico de las islas. Según varios estudios, se produjeron cambios en la cobertura vegetal y en la frecuencia de fuegos hace aproximadamente 2500 años. Estos cambios son muy diferentes a las fluctuaciones observadas en épocas anteriores en el registro paleoecológico que han sido interpretadas como variaciones de origen natural. Para algunos investigadores, los resultados de hace 2500 años representan el impacto antrópico de la colonización humana en el medio ambiente. No obstante, existen otros escenarios que pueden explicar estos hallazgos sin implicar necesariamente la presencia del ser humano: alteraciones climáticas, volcanes, fuegos naturales por tormentas, etc. Igualmente, estas fluctuaciones también pueden deberse al impacto antrópico de grupos que visitaron las islas esporádicamente en viajes de reconocimiento o de explotación puntual de determinados recursos insulares. Ni siquiera encontrándonos un campamento con restos de herramientas de piedra, fragmentos de cerámica y fauna doméstica introducida y consumida asociada al marco temporal que reflejan los registros paleoecológicos, tendríamos

una evidencia de colonización arqueológica. Necesitamos evidencias que no solo hablen de la presencia puntual del ser humano, sino de un conjunto de restos antrópicos que sean capaces de representar una secuencia temporal de varias generaciones y que inequívocamente reflejen la pertenencia de un grupo humano a un territorio concreto. Así que, si bien la evidencia paleoecológica podría ser compatible con la presencia humana, lo cierto es que no deriva de un conjunto de eventos observables que puedan ser directamente relacionados con la actividad humana prolongada en el tiempo, y, por lo tanto, debe ser considerada con cautela en las narrativas sobre la colonización de las islas.

Una de las cuestiones más complicadas es determinar la cronología del poblamiento de las islas. En el caso de Canarias, la aplicación de la técnica del Carbono 14 permite conocer en qué fecha aproximada murieron los seres vivos cuyos restos arqueológicos de naturaleza biológica estamos datando (carbones, huesos, fibras, etc.). La aplicación del Carbono 14 y su análisis crítico constituye una de las grandes diferencias metodológicas que subyacen entre las distintas narrativas del poblamiento de Canarias. En función del conjunto de datos de Carbono 14 que se utilice, el contexto histórico y las posibles razones detrás de la colonización de Canarias varían considerablemente. En efecto, este método de datación también está sujeto a imprecisiones que derivan de factores intrínsecos a la propia técnica, como el error asociado a los instrumentos de medición, la preservación de los restos que van a ser datados, el tipo de tejido orgánico utilizado o los criterios de selección de la muestra, en especial, la relación entre el organismo seleccionado y la actividad humana cuya cronología se quiere conocer (este conjunto de factores influye en la rigurosidad del análisis, lo que también se conoce como higiene cronométrica). De tal forma que en función de

cómo los investigadores decidan jerarquizar la validez de las dataciones de Carbono 14, la antigüedad de la colonización de las islas fluctúa significativamente, y con ello, las causas potenciales detrás del propio proceso colonizador. De hecho, una clasificación crítica del corpus de dataciones de Carbono 14 y su higiene cronométrica puede llegar a reducir considerablemente el conjunto de dataciones disponibles. No obstante, este subconjunto puede aumentar su fiabilidad y falsabilidad, generando marcos temporales de interpretación mucho más rigurosos.

En la figura 2 se observa la antigüedad del poblamiento de Canarias según las dataciones radiocarbónicas disponibles aplicando un criterio de higiene cronométrica y sin ella. Como podemos observar, sin higiene cronométrica el poblamiento se situaría aproximadamente en el año 1000 a. C. en islas como La Graciosa, Lanzarote, Lobos y El Hierro. Sin embargo, la antigüedad del poblamiento se reduce considerablemente utilizando una aproximación metodológica basada en la higiene cronométrica. Según este subconjunto de dataciones, el asentamiento romano de Lobos I sería el lugar más antiguo con presencia humana en las islas Canarias, entre los siglos II y I a. C. No obstante, este sitio no parece estar vinculado a un proceso de colonización de las islas, sino que se trataría de un campamento para la explotación de determinados recursos marinos, al menos según la perspectiva que se propuso anteriormente. Las siguientes islas en ser colonizadas serían Lanzarote y La Gomera, entre los siglos I y III d. C. Así que, teniendo en cuenta las dataciones publicadas, podríamos decir que las islas Canarias fueron visitadas por primera vez por los romanos entre los siglos II y I a. C. en la isla de Lobos y posteriormente colonizadas, es decir, habitadas de forma permanente, a partir de los siglos I-III d. C. por poblaciones de sustrato cultural norteafricano.

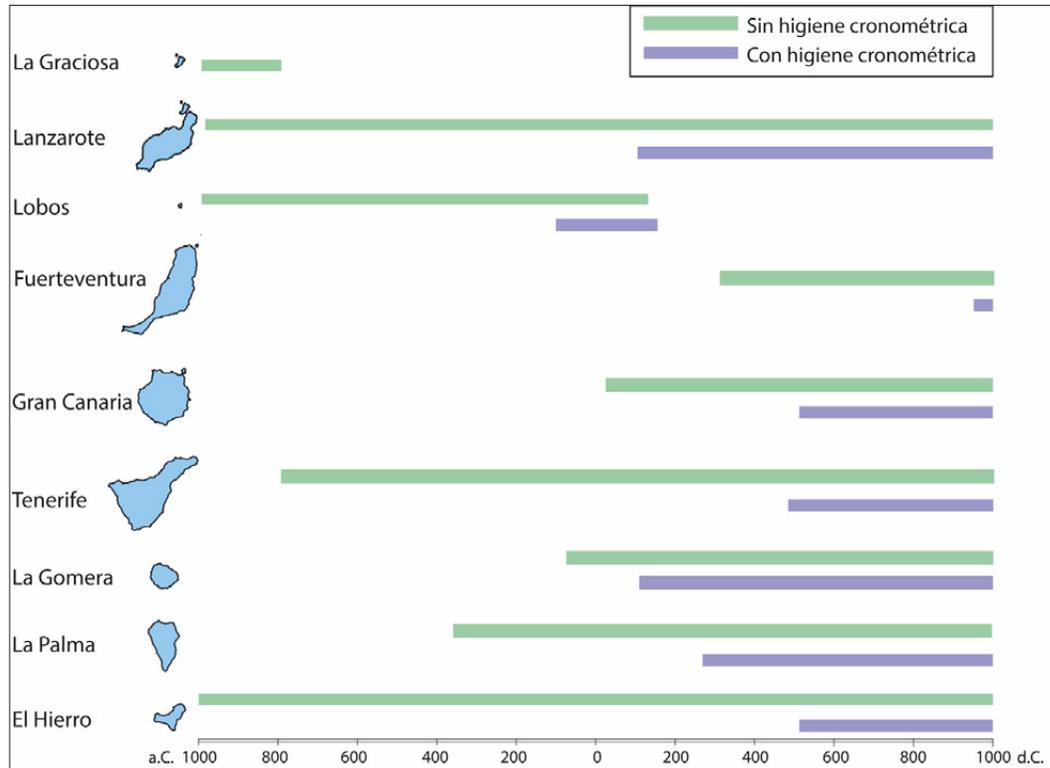


Fig. 2. Representación de la antigüedad del poblamiento de Canarias según las dataciones radiocarbónicas disponibles aplicando un criterio de higiene cronométrica y sin ella. Recursos: Arco, 2021; Velasco et al., 2020. Autor: Jonathan Santana.

La tiranía del sentido común en las narrativas del poblamiento de Canarias

Las narrativas del poblamiento de Canarias también incorporan otros elementos basados en el sentido común que se aceptan de forma generalizada: la ausencia de navegación, la participación

de los romanos en el poblamiento aborigen y el carácter pastoril de las sociedades aborígenes. Sin embargo, no todos los argumentos en defensa de su rol en el poblamiento de las islas están sólidamente basados en datos científicos. Esto no significa que no sean pertinentes en estas narrativas, dado que sí lo son, y, en consecuencia, deben ser abordados de forma crítica por los investigadores que tratan sobre el tema. El problema subyace en que los argumentos detrás de estas afirmaciones no constituyen por el momento propuestas falsables basadas en el registro arqueológico y documental disponible. En consecuencia, se trata de planteamientos que deben ser revisados y valorados según los recientes hallazgos de la investigación arqueológica, histórica, genética y lingüística de las islas.

La primera de estas afirmaciones es que los indígenas canarios no conocían la navegación. Esta aseveración se basa principalmente en las descripciones etnohistóricas producidas durante el periodo de contacto con los europeos. Según estos, los indígenas canarios no poseían una tecnología naval suficientemente desarrollada para largas travesías, lo que impediría el contacto regular entre islas y con el continente. Es necesario mencionar que los europeos que se adentraron en los océanos en aquella época tenían un concepto de navegación que pudo haber conducido a invisibilizar posibles embarcaciones aborígenes. Los argumentos que defienden la ausencia de navegación también se ven reforzados por la ausencia de evidencias materiales de embarcaciones o de medios de navegación en el registro arqueológico de las islas. La conjunción de estos factores está detrás de la idea de que los indígenas canarios nunca tuvieron navegación, extrapolando la información de unos relatos medievales a toda su secuencia histórica, incluyendo el momento de colonización de las islas. No obstante, la ausencia de un registro arqueológico relacionado con prácticas de navegación no constituye por sí sola una evidencia.

Ejemplos similares al caso canario son documentados en otros contextos insulares cuya colonización fue marítima a pesar de no conservarse restos asociados a la navegación. La llegada del ser humano al continente australiano o a las islas Ryukyu en Japón durante el Paleolítico supuso un desplazamiento marítimo considerable que solo pudo ser posible mediante algún tipo de embarcaciones que no se ha localizado en el registro arqueológico por ahora (Clarkson et al., 2017; Kaifu et al., 2021). En estos ejemplos, los seres humanos navegaron distancias mayores que aquellas que separan el continente africano de las islas Canarias, y tampoco se convirtieron en sociedades navegantes después del poblamiento de los nuevos territorios. Otro ejemplo muy similar es el de las Islas Baleares, un archipiélago que fue colonizado desde la costa del noreste peninsular en torno al 2200 a. C. y que permaneció prácticamente aislado hasta que los fenicios lo encontraron más de mil años después (Cherry y Leppard, 2018). A pesar de haber llegado utilizando algún tipo de tecnología naval, las poblaciones que colonizaron estas islas no continuaron navegando, sino que más bien quedaron recluidas en los límites del espacio insular.

Las descripciones etnohistóricas expresan claramente que los indígenas canarios no eran navegantes. Sin embargo, ciertas fuentes mencionan la existencia de pequeños barcos elaborados con troncos de drago (Torriani, 1959). De hecho, las barquillas registradas en la documentación escrita llegaron a ser elaboradas también en el archipiélago de Madeira, probablemente por indígenas canarios llevados allí como esclavos. Aun así, no sabemos si estas embarcaciones son resultado de una tradición propiamente indígena o si es un tipo de embarcaciones desarrollada tras el contacto con los europeos. Lo cierto es que hoy en día desconocemos si los aborígenes canarios tenían conocimientos de navegación en los primeros momentos del poblamiento, si llegaron por sus propios medios o si los trajeron

otros grupos con tecnología naval. En cualquier caso, lo que sí sabemos es que no eran un pueblo de navegantes cuando llegaron los europeos y, como se comentó previamente, lejos de ser una excepcionalidad, esta particularidad constituye una generalidad en los procesos de colonización de contextos insulares.

Defender que los antiguos canarios no disponían de la tecnología de navegación adecuada para colonizar las islas deriva en la necesidad de encontrar pueblos contemporáneos al primer poblamiento del archipiélago capaces de trasladar a las poblaciones norteafricanas que se convirtieron en los aborígenes canarios. Los romanos tenían la capacidad de alcanzar las islas y sabemos que así lo hicieron por la existencia del yacimiento de Lobos I y por las fuentes escritas romanas. La *Naturalis historia* de Plinio el Viejo, por ejemplo, relata cómo unos pescadores gaditanos dieron con las islas Canarias en el siglo I a. C. y como, poco tiempo después, Juba II, rey de Mauritania, envió una expedición para explorarlas (Tejera, 2021). Otro relato que vincula las islas con Roma es la leyenda de las lenguas cortadas, a partir de la cual Álvarez Delgado propuso que algunas tribus bereberes del norte de África fueron castigadas con la deportación a las islas Canarias por enfrentarse a los romanos. La primera referencia a esta leyenda se encuentra en *Le Canarien*, escrito a principios del siglo XV, cuando los normandos navegaron hasta Canarias y comenzaron a construir asentamientos permanentes en Lanzarote y Fuerteventura (Aznar et al., 2006). Sin embargo, no se conoce, por el momento, ninguna fuente propiamente romana que describa tal suceso ni la participación de los romanos en la colonización de las islas Canarias.

El yacimiento de Lobos I, situado en el islote de Lobos, está datado entre los siglos II y I a. C. (Arco, 2021). Este marco

temporal coincide con el periodo que mencionan las fuentes romanas de descubrimiento y exploración de las islas. Aquí se han encontrado restos asociados con la explotación de recursos marinos, como la purpura para extraer tinte, anzuelos, arpones y restos de cerámica romana y de instrumentos metálicos. Se trata de un contexto arqueológico inequívoco de presencia romana donde se registran elementos propios de su cultura material. No obstante, en este sitio no han aparecido por el momento objetos asociados a la cultura material de las poblaciones aborígenes canarias. De hecho, no se conoce ningún yacimiento arqueológico en Canarias donde se haya documentado de forma tajante la presencia simultánea de poblaciones romanas y aborígenes. Así que, si bien no podemos descartar que los romanos tuvieran algo que ver en el proceso de colonización de las islas, las evidencias arqueológicas actuales sugieren que el contacto entre indígenas canarios y romanos debió de ser escaso o puntual y que, probablemente, nunca llegaron a cohabitar en las islas Canarias.

Otra de las afirmaciones basadas en el sentido común es que los indígenas canarios que colonizaron las islas eran principalmente pastores. Esta relación entre estrategia de subsistencia e identidad está tan arraigada que incluso forma parte de la definición que se puede encontrar en la página web del Gobierno de Canarias: «El aborigen canario era fundamentalmente pastor. El cuidar de los ganados de cabras u ovejas le llevaba la mayor parte del tiempo»¹. Lo cierto es que no existe ninguna evidencia arqueológica para asumir con rotundidad esta relación entre los indígenas canarios y el pastoreo. Hasta el momento, los estudios de fauna doméstica se han realizado en un total de 26 yacimientos. Pero, como se puede

observar en la imagen (fig. 3), el número de sitios estudiados solo es significativo para las islas de Gran Canaria, La Palma y La Gomera, lo que significa que tan solo son representativos los datos disponibles para estas tres islas a la hora de valorar el papel de la cabaña ganadera y, por extensión, del pastoreo durante el periodo indígena. El caso más controvertido es el de Fuerteventura, donde a pesar de que se haya estudiado un solo yacimiento hasta la fecha, la mayoría de los investigadores coinciden en considerar el pastoreo como principal estrategia de subsistencia de los aborígenes. Si los datos arqueológicos no son suficientes para definir con rotundidad las prácticas económicas aborígenes, ¿en qué se basan los investigadores para defender estas propuestas? Pues, fundamentalmente, en las fuentes etnohistóricas, que van desde el periodo de contacto con los europeos hasta los primeros siglos de ocupación europea de las islas. También las analogías con la sociedad tradicional canaria, donde, efectivamente, la ganadería ha jugado un papel muy significativo.



Fig. 3. Yacimientos con estudios arqueozoológicos de fauna doméstica en las islas Canarias. Autor: Jonathan Santana.

¹ https://www3.gobiernodecanarias.org/medusa/wiki/index.php?title=El_pastoreo_en_Canarias

Para reflexionar sobre este aspecto conviene comparar los datos disponibles sobre la fauna doméstica con la lista de yacimientos arqueológicos donde las evidencias arqueobotánicas han sido sistemáticamente estudiadas (fig. 4). Resulta que, en la actualidad, hay un mayor número de sitios estudiados para los cuales se ha documentado agricultura que de lugares donde se haya analizado el papel de la ganadería a través de los restos óseos. Los últimos resultados proporcionan la evidencia directa de que la agricultura estuvo presente en todas las islas Canarias, especialmente durante los primeros siglos de ocupación del archipiélago, transformando ideas previas que aseguraban la ausencia de plantas domésticas en islas como La Palma y Fuerteventura (Morales et al., en preparación). De hecho, los sitios arqueológicos más antiguos están ubicados en entornos costeros o muy cerca de la costa, donde las actividades de subsistencia integraban tanto la actividad agrícola como la explotación de la cabaña ganadera, la recolección de plantas silvestres y el uso de los recursos marinos. Así que, basándonos en la información arqueológica actual, no podemos afirmar que el aborigen canario fuera fundamentalmente pastor; más bien tendríamos que decir que los indígenas canarios fueron agricultores, ganaderos, pescadores, mariscadores y recolectores.



Fig. 4. Yacimientos arqueológicos con evidencias arqueobotánicas sistemáticamente estudiadas. Autor: Jonathan Santana.

Pero ¿podemos valorar en su justa medida la relación entre agricultura y ganadería en aquellos yacimientos donde se han estudiado tanto los restos vegetales como los restos animales? La respuesta es que no. Esta situación se debe a un problema de resolución. En efecto, escasean los yacimientos arqueológicos en Canarias muestreados en su totalidad para la recuperación de restos vegetales. En algunos yacimientos, y en el mejor de los casos, se ha tomado una muestra representativa de cada unidad estratigráfica, algo que ciertamente proporciona una resolución significativa de un yacimiento arqueológico. Sin embargo, en todos o en la mayoría de los yacimientos se ha recuperado la totalidad de los restos óseos de animales. En consecuencia, la arqueología canaria se ha caracterizado por un criterio metodológico que prioriza la recuperación de los restos de animales y una resolución fraccionada, generalmente arbitraria, para los restos arqueobotánicos. Esto significa que hay un sesgo muy importante a favor de los restos relacionados con la actividad ganadera respecto a la actividad agrícola. A este sesgo se unirían, como se mencionaba más arriba, las consideraciones derivadas del peso de las fuentes etnohistóricas y de la etnografía en las propuestas interpretativas. En consecuencia, es necesario cuestionar la idea preconcebida de una sociedad pastoril basándonos en las nuevas evidencias arqueológicas y tomando en consideración la secuencia histórica de cada isla desde el momento del poblamiento hasta el contacto europeo. Es muy probable que estas sociedades no fueran entidades estáticas en cuanto a las estrategias de subsistencia, sino más bien comunidades dinámicas sujetas al condicionamiento de las particularidades biogeográficas insulares, la contingencia tecnológica y el impacto de las decisiones colectivas.

Conclusiones

El poblamiento de las islas Canarias representa una cuestión

de gran interés científico y social. Si bien existen diversas líneas de investigación sobre las antiguas poblaciones canarias, el estudio del poblamiento mantiene su vigorosidad por las aportaciones que los nuevos métodos aportan, la posibilidad de revisar las anteriores narrativas y la oportunidad de construir nuevas propuestas explicativas. También porque el poblamiento de las islas sirve como cosmogonía particular de la sociedad canaria, cuya especificidad histórica precisa del pasado aborigen para autorrealizarse en el plano identitario y, de esta forma, explicarse a sí misma.

En estas líneas se han valorado algunas cuestiones que dificultan el estudio del poblamiento de las islas Canarias. La problemática de estas cuestiones deriva en una reducción del campo epistemológico que nutre la elaboración de narrativas explicativas sobre este proceso histórico. El estudio de la colonización de las islas sufre de los problemas de fragmentación y representatividad del registro arqueológico o, lo que es lo mismo, de su indeterminación. Además, el fundamento de muchas de las narrativas explicativas está fuertemente anclado en el sentido común y no tanto en las evidencias arqueológicas, reduciendo su capacidad de falsabilidad y, en consecuencia, la posibilidad de refutación.

Es probable que nunca sepamos con exactitud qué islas o qué sitios fueron los primeros en ser visitados por el ser humano. No obstante, sí podemos establecer nuevas narrativas basadas en un conjunto de eventos observables que solo puedan ser explicados por la actividad humana, fácilmente falsables, creando escenarios de colonización mucho más probables –o revisables– que los actuales. Las dificultades que se han reseñado aquí no son exclusivas del poblamiento de las islas Canarias, sino que también constituyen desafíos para la arqueología de otros archipiélagos e incluso de continentes.

Así que, lejos de ser insalvable, esta problemática representa una oportunidad para la arqueología canaria, no solo para mejorar la certidumbre de sus planteamientos, sino para contribuir a los debates universales sobre la colonización de islas oceánicas.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a Teresa Delgado y a El Museo Canario la invitación a participar como ponente en el ciclo de conferencias «Migraciones: miradas desde una arqueología insular». Este texto es resultado de la comunicación que allí presenté. También quisiera agradecer a Julie Campagne sus acertados comentarios, que han mejorado considerablemente la calidad de este texto. Esta contribución no sería posible sin la financiación del Programa Ramón y Cajal (RYC2019-028346-I) y del proyecto RTI2018-101923-J-I00 del Ministerio de Ciencia e Innovación, así como del proyecto ERC-2019-StG 851733 de la Comisión Europea.

Bibliografía

ARCO AGUILAR, M. C. (2021). «De nuevo sobre el descubrimiento y colonización antiguos de Canarias: reflexiones sobre aspectos teóricos y datos empíricos». *Anuario de estudios atlánticos*, 67: 067-006.

AZNAR, E.; CORBELLA, D.; PICO, B.; TEJERA, A. (2006). *Le Canarien*. Santa Cruz de Tenerife: Instituto de Estudios Canarios.

CHERRY, J. F.; LEPPARD, T. P. (2018). «The Balearic paradox: why were the islands colonized so late?». *Pyrenae*, 49 (1), pp. 49-70.

CLARKSON, C.; JACOBS, Z.; MARWICK, B.; FULLAGAR, R.; WALLIS, L.; SMITH, M.; PARDOE, C. (2017). «Human occupation of Northern Australia by 65,000 years ago». *Nature*, 547 (7663), pp. 306-310, doi:10.1038/nature22968.

KAIFU, Y.; ISHIKAWA, J.; MURAMATSU, M.; KOKUBUGATA, G.; GOTO, A. (2021). «Establishing the efficacy of reed-bundle rafts in the Paleolithic colonization of the Ryukyu Islands». *The journal of island and coastal Archaeology*, 1-14, doi:10.1080/15564894.2021.1872120.

MORALES, J.; SPECIALE, C.; RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A.; HENRÍQUEZ VALIDO, P.; MARRERO SALAS, E.; HERNÁNDEZ MARRERO, J. C.; LÓPEZ, R.; DELGADO DARIAS, T.; HAGENBLAD, J.; FREGEL, R.; SANTANA, J. «Agriculture and crop dispersal at the Western periphery of the Old World: the Amazigh/Berber colonization of the Canary Islands (c. 2nd-5th centuries CE)». *Vegetation History and Archaeobotany* (en preparación).

TEJERA GASPAS, A. (2021). «Sobre las Fortunatae Insulae de Plinio el Viejo». *Fortunatae: revista canaria de filología, cultura y humanidades clásicas*, 34, pp. 205-213.

TORRIANI, L. (1959). *Descripción de las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Goya.

VELASCO VÁZQUEZ, J.; ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T., MORENO BENÍTEZ, M.; LÉCUYER, C.; RICHARDIN, P. (2020). «Poblamiento, colonización y primera historia de Canarias: el C14 como paradigma». *Anuario de estudios atlánticos*, 66: 066-001.



Prospección arqueológica en cuevas colgadas de La Palma

Nuria Álvarez Rodríguez (Arqueóloga)

Cuando hablamos de cuevas colgadas hacemos alusión a todas las cavidades de muy difícil acceso situadas en paredes verticales de barrancos, acantilados, etc., en las que es necesario acceder empleando técnicas de progresión vertical. Este proyecto ve la luz en La Palma en el año 2017 con la finalidad de incrementar el conocimiento sobre las poblaciones prehispánicas de la isla en un momento en el que el expolio está generando importantes sesgos en nuestra historia, siendo este uno de los grandes problemas en la Isla Bonita. El afán de coleccionar, el desconocimiento o el mero hecho de destruir por destruir, son las causas principales que han generado el deterioro del saber sobre los benahoaritas, nombre que reciben los antiguos habitantes de La Palma.

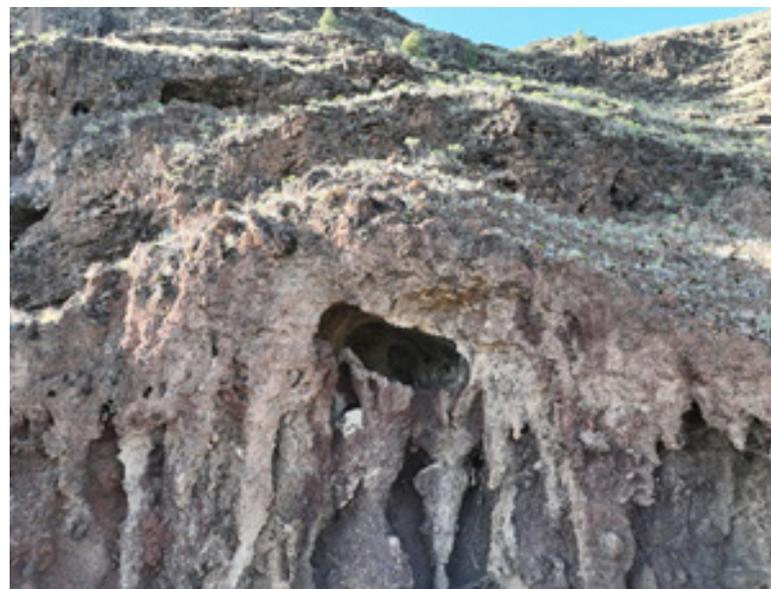
Con la prospección de estas cavidades hemos podido comprobar que todavía quedan muchos lugares de los que descubrir su historia, al considerar que son estas cuevas las que nos ayudarán a conocer las formas de vida, muerte, creencias mágico religiosas... de estas poblaciones.

Sin embargo, esto no es un trabajo aleatorio. Por el contrario, para poder ejecutar este tipo de estudios multidisciplinarios hace falta un largo periodo de investigación. El análisis de las fuentes etnohistóricas, de las cartas arqueológicas, la búsqueda bibliográfica, el estudio de la cartografía y de la toponimia, así como entrevistas orales a personas que pudieran tener información, son elementos básicos para obtener buenos resultados en los trabajos prospectivos.

Una vez superada esa fase comenzaría el trabajo de campo, que se podría dividir a su vez en tres etapas: observación y

prospección aérea; proceso de anclaje y acceso; y la prospección del propio yacimiento.

Con la información obtenida en el trabajo de gabinete es necesario ir al campo para seleccionar los mejores barrancos para ser prospectados. En la primera campaña arqueológica se usaban prismáticos para elegir las cuevas a estudiar. Sin embargo, las nuevas tecnologías también son grandes aliadas en este tipo de proyectos. Dicho esto, el equipo de investigación cuenta con un dron que ayuda en la elección de las cavidades al poder identificar cuevas con recorrido y posibles puntos de anclaje.



Identificación de cavidades mediante el uso del dron.

Una vez elegida la cavidad comienzan los trabajos de progresión vertical. Para ello se suelen crear varias líneas de vida usando anclajes naturales existentes en el entorno. En otros casos se utiliza un equipo de perforación portátil con el que se realiza un agujero en la roca para introducir un cilindro metálico (expansivo, por forma o adhesivo) a determinar por el tipo de sustrato. Siempre se tiene como premisa prioritaria el respeto por el medio ambiente, por lo que a la hora de realizar las instalaciones para el uso vertical se utilizarán los diferentes tipos de anclajes homologados para causar el mínimo impacto en la roca y garantizar la seguridad, desmontando aquellos anclajes que carezcan de interés para su posterior estudio. Finalizado el proceso de instalación de la cabecera, se seguirán utilizando las técnicas de progresión vertical para poder acceder con total seguridad hasta la cavidad seleccionada.

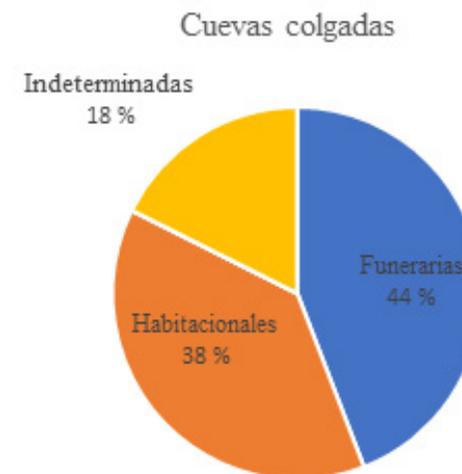


Progresión vertical.

Ya dentro del tubo volcánico comenzarán los trabajos arqueológicos. Se prospecta la cavidad al completo, incluyendo largos ramales o gateras. Se documenta lo observado y nunca se toca con la finalidad de preservar el yacimiento intacto para estudios venideros.

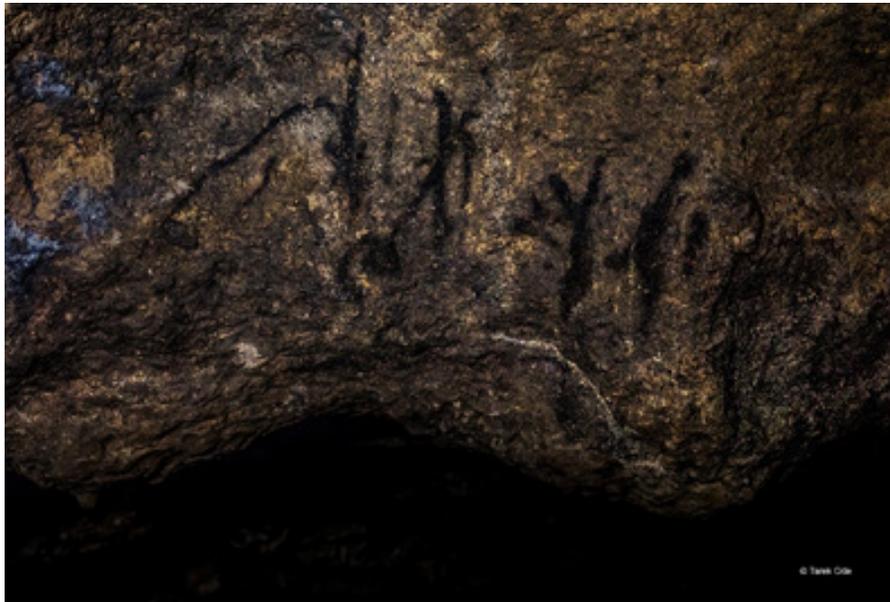
A lo largo de las diferentes campañas arqueológicas nos hemos encontrado con numerosas dificultades que solventar: el traslado del equipo a los puntos de anclaje, el establecimiento de las líneas de vida, el rapel, el tiempo atmosférico y la vegetación, así como las normas covid y la emergencia volcánica de Cumbre Vieja.

En cuanto a los resultados obtenidos, se puede decir que han sido muy favorables, al encontrar restos arqueológicos en la mayoría de las cavidades. De las 32 cuevas visitadas, únicamente en una no se documentaron restos en superficie. De ese total, el 44 % corresponde a yacimientos funerarios, el 38 % son habitacionales y en un 18 % de los casos no se pudo determinar su utilidad por no existir un registro material claro o por no poderse identificar su uso.



Tipología de yacimientos.

De todos los yacimientos detectados habría que resaltar la Cueva Tiznada. Descubierta en el término municipal de El Paso, destaca por la presencia de unos motivos pintados en la pared, presumiblemente con carbón. Se detectó en una cavidad inédita cuyo acceso es mediante progresión vertical. La entrada se localiza a 10 metros de la cima. Una vez en el cejo, se abren varias bocas. En una de ellas se localizan las pinturas en el fondo del tubo volcánico. El registro material presente en superficie hace pensar que podría tratarse de una cueva habitacional; sin embargo, la presencia de los motivos desconcierta a la hora de su interpretación. Aparecen varios paneles compuestos por trazos sin un orden. En su mayoría son lineales. En el estado actual de la investigación no se puede establecer un significado para esos motivos.



Cueva Tiznada. Panel principal.

Este tipo de proyectos, en vez de solventar o dar respuestas a preguntas, lo que ha hecho ha sido generar nuevos interrogantes: ¿los yacimientos que aparecen con un registro material similar a una cueva de habitación responden a esos usos o, por el contrario, puede que hayan tenido otras utilidades?, ¿todos los miembros de una misma comunidad podrían acceder a las cuevas colgadas?, ¿la ocupación de las cuevas colgadas estaría destinada a un grupo poblacional determinado?, ¿cómo accedían?, ¿es posible que los accesos se hayan perdido o, por el contrario, existía algún sistema de andamiajes? Todas estas preguntas y muchas más surgen en el transcurso de este proyecto e intentaremos dar respuestas a medida que aumente el número de cuevas visitadas.



Flujos humanos y transferencias culturales en la construcción de la identidad de los antiguos canarios

Verónica Alberto Barroso (Tibicena. Arqueología y Patrimonio)

En la actualidad no hay duda sobre el origen líbico-bereber de los primeros habitantes del archipiélago. Así lo demuestran la arqueología, la epigrafía, la lingüística o el ADN. De hecho, desde las primeras crónicas y textos que se refieren a las «Canarias habitadas» de la Baja Edad Media se afirma la procedencia norteafricana, aunque en ellos no se indicara el origen o los orígenes exactos de las poblaciones que aquí se asentaron.

Aún estamos en ese camino de intentar conocer de dónde proceden esas primitivas comunidades y cuándo se asentaron definitivamente, cómo se llevó a efecto la experiencia colonizadora, etc. En definitiva, desentrañar los interrogantes que envuelven la colonización humana del archipiélago. Los logros obtenidos en los últimos años son sumamente significativos, y por eso no estamos en ese punto del «poco o nada sabemos» que a veces se repite como un mantra desatinado.

Por otro lado, no dejan de recabarse esfuerzos investigadores para desentrañar cómo se desarrolló la vida de aquellas comunidades isleñas desde su instalación indiscutible hasta su conquista en el siglo XV d. C. Y en este objetivo los avances también son extraordinarios, aunque es cierto que siempre queda mucho por hacer. En esta línea, la generación de propuestas está abierta y en proceso de continua construcción en función de los datos disponibles.

Si nos centramos en la isla de Gran Canaria, ¿las primeras personas que se asientan en la isla son, desde el punto de

vista cultural, las mismas que encontraron los navegantes europeos de los siglos XIV y XV?

El aislamiento de Gran Canaria, y en general de todas las islas, ha sido la opción más aceptada en la investigación de las últimas décadas. Sin embargo, hasta los años 90 prevalecían las posturas que abogaban por la llegada de varios grupos humanos en distintos momentos. No nos extenderemos en analizar por qué se abandonan los planteamientos de multillegadas frente a las proposiciones de disociación y ruptura absoluta con las tierras continentales del norte de África, si bien sí destacamos la importancia interpretativa que unas u otras pueden tener en la comprensión del fenómeno del poblamiento aborigen. En cualquier caso, la validez de las opciones debe revelar y explicar las dinámicas sociales que se dan en el transcurso de dicho poblamiento, generando un relato coherente sobre la base de la evidencia material en estudio.

En el estado actual, las fechas más antiguas de Gran Canaria presentan como límite los primeros años del siglo V d. C. En trabajos previos sobre el tiempo de colonización ya se expresaba que la isla de Gran Canaria, según los cálculos estadísticos, debió de poblarse en torno a los siglos II y III d. C. o quizá un poco antes, lo que coincide con el tiempo fijado para la presencia humana estable en todo el archipiélago (Velasco *et al.*, 2020). Eso quiere decir que esa fecha de consenso del siglo V a. C., admitida desde los años 70 del siglo XX para la colonización de las islas y que ha sido utilizada en la mayoría de las publicaciones sobre la etapa aborigen, actualmente

no se sostiene, debiendo situarse en las primeras centurias de la era común.

¿Cómo son las primeras comunidades que se instalan en Gran Canaria?

Son grupos que llegan con la intención de quedarse y por ello traen consigo aquellos elementos indispensables para garantizar su subsistencia. En este sentido, se acompañan de animales domésticos (cabras, ovejas, cerdos y perros), pero también de semillas para el cultivo, fundamentalmente cereales como la cebada y el trigo. Por tanto, se trata de poblaciones agropastoriles, con una economía mixta. No obstante, parece que estos grupos iniciales tienen un perfil eminentemente pastoralista, con una menor importancia de la agricultura, al menos en los primeros momentos.

Estas cualidades se explican a tenor del bagaje cultural que importan desde sus territorios de origen. Así, se sustentan no solo en los bienes que traen consigo para asegurar su supervivencia, sino en toda una serie de actos que despliegan en las primeras centurias de vida insular. Por ejemplo, los lugares que eligen para su residencia. Así, los entornos más antiguos donde se establecieron son espacios de interior, entendiendo por interior, en una isla como Gran Canaria, barrancos y montañas, donde encontraron los elementos esenciales para su reproducción: agua, cuevas para refugiarse y acceso a los pastos para el ganado. Lugares donde pudieron consolidar sus residencias y reproducir sus modos de vida. En Gran Canaria las áreas principales de asentamiento se encuentran en el barranco de Guayadeque, la Fortaleza de Santa Lucía, el tramo medio del barranco de Guiniguada, el barranco de Santa Brígida y Acusa, apuntando, como se ha puesto de relieve en los análisis de territorio, a una

preponderancia del perfil ganadero (Moreno y González, 2014). Por supuesto, eso no excluye el desarrollo de la actividad agrícola, solo que esta no mostrará una influencia notable en la organización productiva de los antiguos canarios hasta etapas más avanzadas del poblamiento.

Además, como no podía ser de otra manera, las primeras comunidades pronto se adaptan al nuevo territorio y lo explotan en su beneficio, utilizando los recursos vegetales y geológicos que la isla ofrece para un sinfín de producciones. En esta línea, un aspecto importante y objeto de debate es la relación de los antiguos canarios con el mar. Por supuesto, en un contexto insular sería extraño que no se aprovecharan algunos recursos marinos, y así se confirma con las evidencias disponibles. A partir del siglo VI se conocen unos pocos enclaves en la isla que dan testimonio de esta situación, fundamentalmente de la recolección de moluscos, pero su carácter es tan sumamente testimonial frente al peso de los asentamientos ubicados en barrancos y montañas que se trata de un aprovechamiento anecdótico, importante para las personas que acceden a estos productos, pero sin una influencia destacada en el sistema de producción ni en las formas de gestión y organización de la sociedad. Ya en los siglos finales de la sociedad aborígen, la relación de los canarios con el mar cambiará y vivirá un auge sin parangón.

Conocer a fondo cómo vivían estas poblaciones de los primeros siglos no es sencillo, dada la escasez de lugares de habitación para esta etapa. Sabemos que las cuevas fueron los primeros recintos que ocuparon para vivir y para enterrar (fig. 1), elección que se mantuvo hasta el final de esta sociedad incluso cuando se implementaron otros tipos de viviendas y cementerios.



Figura 1. Conjunto de cuevas de habitación y almacenamiento de la Fortaleza en Santa Lucía.

Foto: Tibicena. Arqueología y Patrimonio.

Para esta primera etapa, la mayor parte de lo que sabemos procede de los lugares de enterramiento. No hay cuevas de habitación tan antiguas como las funerarias. En este sentido, no es posible descartar que en las etapas iniciales pudieran haberse usado otras formas de refugio, como jaimas o abrigos levantados con materiales perecederos. En cualquier caso, desde muy pronto las cuevas se utilizaron para depositar a los muertos.

¿Qué podemos deducir de sus sepulcros en la primera etapa de poblamiento?

En las cuevas funerarias se entierra conjuntamente a todos los miembros del grupo, sin excepciones evidentes: mujeres y hombres, población senil e infantil, incluidos los recién nacidos. A veces también han aparecido restos de individuos en proceso de gestación (fetos), si bien es complicado discernir si estaban dentro del cuerpo de sus madres o bien, ya fuera de estos, se depositaron junto a los demás miembros del colectivo. El cadáver se prepara para el más allá envolviéndolo en pieles de animales y esterillas de junco, fuertemente atado, aplicando productos animales y vegetales con distintas funciones: profilácticas para evitar los malos olores y conservantes para salvaguardar mejor los cuerpos, generando los conocidos fardos funerarios que vemos en las momias de El Museo Canario. Esta es una forma de preparación mortuoria que se mantiene durante toda la secuencia histórica de los canarios sin excesivas variaciones, con independencia del soporte funerario donde se deposite el cadáver. Al contrario de lo que solemos creer, las ofrendas o ajuares en las cuevas funerarias son prácticamente inexistentes. La muerte no se exhibe al exterior, sino que queda resguardada dentro de las cuevas, a veces tapiadas. Tampoco se patentizan las diferencias entre personas hacia afuera, si bien en el interior del sepulcro se vislumbran ciertas distinciones en función de la calidad de los fardos.

Todo esto tiene unas implicaciones sociales que sugieren unas relaciones personales en las que no se enfatizan excesivamente las desigualdades, por lo menos no con el desequilibrio que se producirá en los momentos más avanzados, ya en los últimos siglos de esta sociedad. El enterramiento en cuevas dura prácticamente toda la secuencia de poblamiento y abarca la isla al completo, aunque va cambiando a lo largo del tiempo.

Entre los siglos VII-VIII hay un cambio importante: aparecen los grandes cementerios tumulares en malpaís. Se busca un paisaje muy específico, que parece tener un fuerte simbolismo. Y en esos lugares pedregosos se construyen numerosas tumbas, denominadas túmulos, en forma de edificaciones macizas de piedras que cubren el receptáculo mortuorio (fig. 2). En esta representación de la muerte todo cambia: el paisaje, la arquitectura, el concepto de colectivo, la interpretación de las individualidades... Este acontecimiento representa una ruptura radical con la forma de entender la muerte en el mundo de las cuevas. Hay que considerar que las costumbres y tradiciones del



Figura 2. Túmulo de enterramiento de la necrópolis de Arteara.

Foto: Verónica Alberto Barroso.

ámbito religioso y, en general, los sistemas de creencias, son estructuras fuertemente conservadoras, reacias a la innovación, y de ahí que sea necesario justificar la aparición de estas prácticas inéditas en el ámbito funerario.

La explicación que proponemos, después de analizar con detalle los componentes arqueológicos, es la llegada de nuevas gentes, como ya lo habían indicado previamente otros investigadores. Ahora esta propuesta tiene un tiempo y unos contextos sociales concretos que nos informan de un devenir complejo en la sociedad aborígen de Gran Canaria. El auge de estos cementerios tiene lugar entre los siglos VIII y XII d. C., momento a partir del cual pierden fuerza. Relacionalmente, la aparición de los túmulos en Gran Canaria se emparenta con las fases tardías del fenómeno tumular en el Magreb y el Sáhara occidental (Alberto *et al.*, 2021).

Con todo, aunque una situación de cambio tan significativa se fundamenta bien por la influencia de ideas novedosas –en este caso ideas que traen nuevos pobladores, pues hablamos de un contexto insular–, no es sencillo desvelar cómo se produce el encuentro con las personas que ya estaban en la isla y cómo se insertan estas novedades en la identidad canaria insular original.

Al margen del mundo funerario, en estas fechas posteriores al siglo VII se atestigua que la actividad agrícola va ganando peso como elemento vertebrador de la sociedad, crece la población pero sin representar un aumento destacado, y aparecen nuevos asentamientos, así como nuevas formas de arquitecturas en piedra. Por otro lado, todo lo que representa el mundo de las cuevas permanece: en ellas se sigue viviendo y enterrando, además de empezar a crecer su uso como lugares exclusivos de almacenamiento.

En términos generales, podemos hablar de diferentes tradiciones

funerarias pero no encontramos distinciones tan claras en las expresiones de habitación. En este sentido, si llegaron nuevos pobladores, su impacto no fue lo suficientemente fuerte como para dismantelar las formas de vida previas, lo que tampoco les exime de un posible papel bien como elemento desestabilizador o bien como elemento dinamizador del desarrollo de las comunidades insulares.

Además, existe otro escenario de cambios que se muestra desde el siglo XI y que tiene su máxima expresión a partir del XIII. En este nuevo escenario se detecta toda una serie de manifestaciones sin precedentes en el registro material de los antiguos canarios. Surgen

los poblados de casas de piedra de planta centralizada o cruciforme (fig. 3), los cementerios de cistas y fosas y los espacios especializados para la función de almacenamiento, enclavados en lugares de difícil acceso, de carácter colectivo, destinados a la provisión y custodia de productos esenciales, fundamentalmente de origen agrícola (Alberto *et al.*, 2022).

Las casas de piedra, en estrecha proximidad con cementerios de cista y fosas, con una ritualidad particular, se reparten por toda la isla, pero sobre todo van a mostrar un protagonismo espacial en las grandes vegas agrícolas que forman los barrancos principales y la franja costera, situación estrechamente



Figura 3. Casa de piedra cruciforme de La Restinga, Telde, correspondiente al último periodo de la secuencia histórica de los antiguos canarios.

Foto: Tibicena. Arqueología y Patrimonio.



Figura 4. Detalle de restos arqueológicos en el interior de una casa. Entre ellos sobresalen con diferencia las conchas marinas y escamas de peces.

Foto: Tibicena. Arqueología y Patrimonio.

vinculada al apogeo, inédito hasta esas fechas, de la agricultura y de la explotación marina (fig. 4). Así, por ejemplo, aparecen por primera vez herramientas especializadas relacionadas con la pesca, como los anzuelos fabricados con materias duras animales y los escamadores realizados con cuernos de cabras, y objetos novedosos como las figuras antropomorfas de barro, las pintaderas, los burgados decorados, etc. En definitiva, un numeroso elenco de tradiciones y técnicas que no están previamente.

Dilucidar esta situación de innovación también requiere acudir a la llegada de gente desde el norte de África, introductoras de tales novedades. No obstante, este escenario de cambios categóricos se expresa como un proceso aritmético hasta alcanzar su cénit en el siglo XIII, cuando parece que estas expresiones superan por completo el modelo de las cuevas. Aun cuando las cuevas sigan en uso, estas ya han perdido vigencia en relación con la dinámica que se va imponiendo a partir de los poblados de superficie.

Pero también nos falta ahondar en los mecanismos de creación de identidad que concurren en esta última fase de la secuencia de los antiguos canarios. Mecanismos y procesos en los que, además, hay que considerar el impacto que produjo el encuentro con poblaciones culturalmente antagónicas, los navegantes de procedencia europea, a partir del siglo XIV y hasta el fin de su existencia como pueblo en el siglo XV.

La historia de la humanidad es un camino de migraciones y el archipiélago canario se mueve en estas coordenadas desde su poblamiento más antiguo. Mirar a ese pasado diverso en la actualidad va más allá de descubrir el cambio cultural y tecnológico. El reto consiste en buscar los patrones de adaptación al nuevo entorno de los recién llegados y de los que

ya están y los mecanismos de ajustes que genera el encuentro. En definitiva, la interacción que teje las identidades expresadas en las materialidades arqueológicas.

Bibliografía

ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M.A. (2021). «The end of a long journey: tumulus burials in Gran Canaria (Canary Islands) in the second half of the first millennium AD». *Azania: archaeological research in Africa*, DOI: 10.1080/0067270X.2021.1960674.

ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M.A. (2022). «Cemeteries, social change and migration in the time of the ancient Canarians». *Tabona*, 22 (en prensa).

MORENO BENÍTEZ, M.; GONZÁLEZ QUINTERO P. (2014). «Una perspectiva territorial al uso del suelo en la Gran Canaria prehistórica (siglos XI-XV)». *Tabona*, 20, pp. 9-32.

VELASCO VÁZQUEZ, J.; ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M.; LECUYER, C.; RICHARDIN, P. (2020). «Poblamiento, colonización y primera historia de Canarias: el C14 como paradigma». *Anuario de estudios atlánticos*, 66: 066-00.



La creación del paisaje indígena de Gran Canaria: una perspectiva desde la arqueología del territorio*

Marco A. Moreno Benítez (Tibicena. Arqueología y Patrimonio)

La arqueología grancanaria ha realizado desde sus inicios esfuerzos ímprobos en el estudio e investigación de la primera colonización del archipiélago canario. También, aunque con suerte más dispar, se elaboraron diferentes hipótesis sobre la ocupación y evolución posterior de la población una vez establecida en el entorno insular.

Afortunadamente, en los últimos años, al menos para la isla de Gran Canaria, se ha generado un nuevo caudal de datos arqueológicos que permiten volver con un renovado enfoque sobre este tema, es decir, sobre la creación de un modelo diacrónico de ocupación territorial de la Gran Canaria prehispanica. Así, el aumento de las intervenciones arqueológicas y del número de dataciones realizadas o los nuevos enfoques de trabajo implementados permiten sugerir un escenario donde el territorio es utilizado como parte activa, relacional y transitiva, transformándose en la base sobre la que se recrea el sistema ideológico, político y cosmogónico de la antigua sociedad indígena. Esta se recreó físicamente en el paisaje, entendiéndolo como la materialización de las relaciones sociales y productivas, así como del propio imaginario, en el territorio, destilándose a través de los usos, ocupación y el propio sentido dado al espacio por la propia sociedad indígena.

Sin embargo, el estudio del territorio no ha estado siempre igualmente representado. Tanto es así que podemos resumir el

* Este texto es un resumen del artículo «¿Poblamiento y cambio social de un territorio aislado?: propuestas sobre la evolución de la ocupación territorial de la isla de Gran Canaria en época prehispanica», cuya publicación está prevista en la revista *Zephyrus*.

interés de la arqueología de Gran Canaria por él en cuatro fases:

- La «No isla» (siglo XIX-1970): Durante este periodo, la geografía de la isla y su ocupación no importaban. Solo los aspectos raciológicos se tenían en cuenta, estableciéndose una relación directa entre raza y cultura.

- La isla dividida (1970/1987-1999): Si bien la superficie insular adquiere cierto papel protagonista, es tratada como un mero soporte de la dinámica histórica, todavía influida por las teorías raciológicas de la fase anterior.

- La isla unificada (1987/1999-2019): Se propone que todo el registro arqueológico es fruto de un solo grupo humano que evolucionó a la par, siendo las modificaciones culturales y materiales adaptaciones sociales a los cambios medioambientales.

- La isla íntegra (2019): Nuevas propuestas recuperan la isla como un escenario de multillegadas, planteando una evolución de la sociedad indígena en varias fases, vinculándose, siendo el territorio final causa y consecuencia de la realidad social pretérita.

1. Una nueva propuesta

El estudio del territorio requiere de metodologías específicas, con variables cuantificables que nos permitan acercarnos al uso del espacio, su ocupación, e incluso su propia concepción. Por ello, se vuelven imprescindibles herramientas como los Sistemas de Información Geográfica (SIG), que permiten analizar y cruzar datos cartográficos con valores alfanuméricos.

En el caso que nos ocupa se hace a partir del trabajo realizado en veinticinco yacimientos (fig. 1), todos ellos con dataciones radiocarbónicas de ciclo corto. Así, en un intento de definir cada uno de los yacimientos y sus posibles tendencias en el uso del suelo, se realizó una cartografía analítica propia a partir del SIG, unificando los valores iniciales de la «Cartografía del Medio Potencial de Gran Canaria», que permitió simplificar para su estudio las posibles tendencias y usos del suelo en dos características básicas: agrícolas y ganaderas.

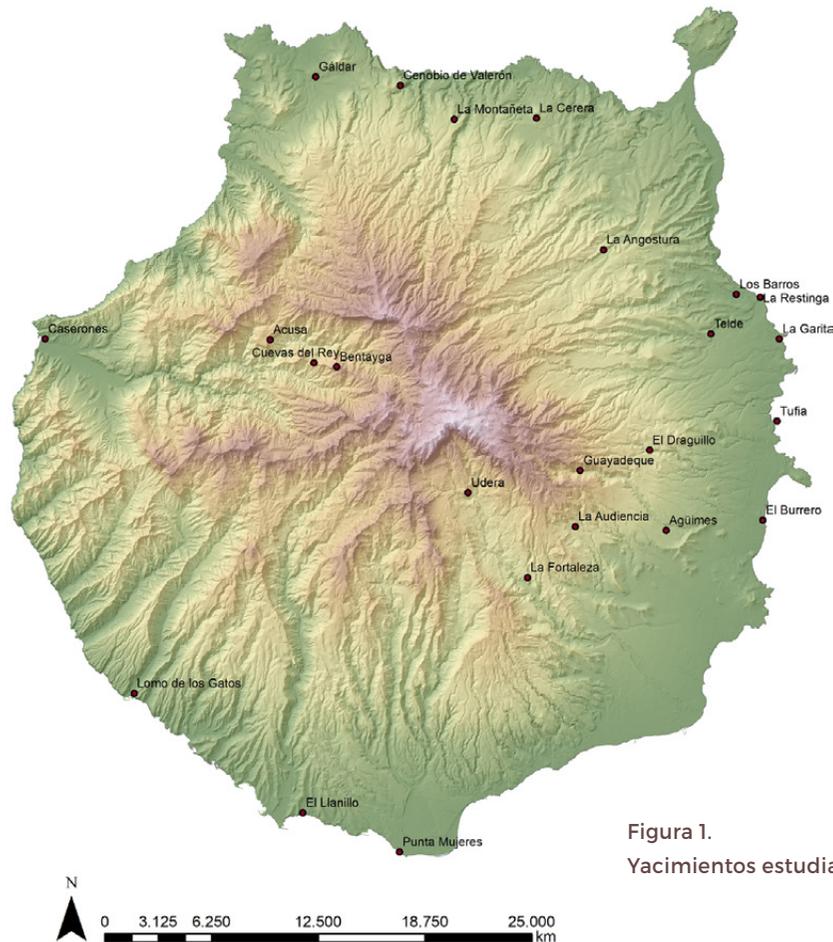
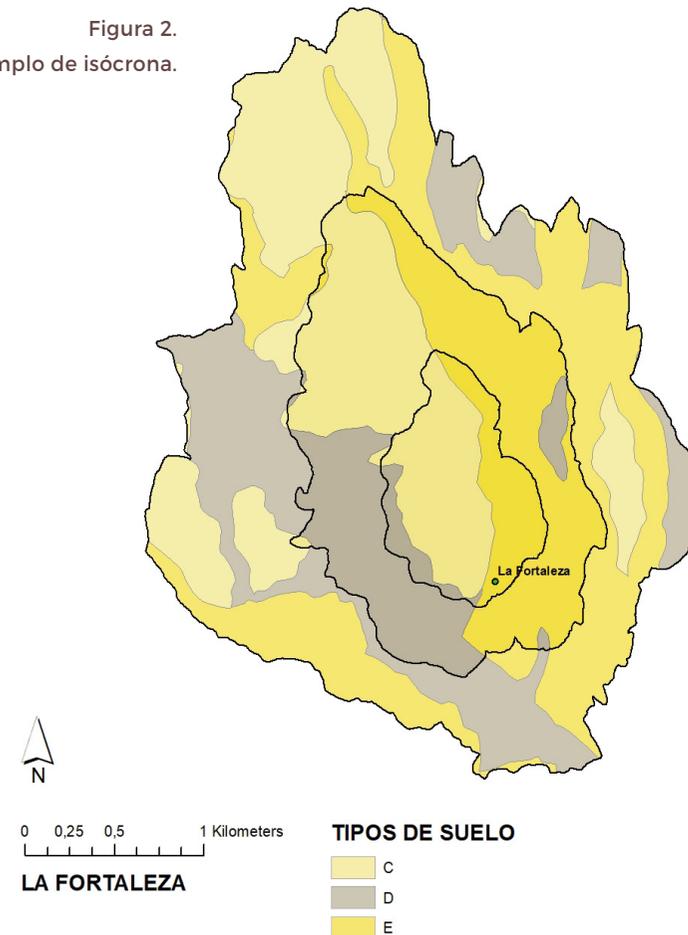


Figura 1.
Yacimientos estudiados.

A partir de esa base cartográfica se elaboraron las propuestas de territorios de explotación, usando para ello el cálculo de diferentes polígonos isocrónicos (fig. 2), es decir, el área que teóricamente una persona podría caminar, en condiciones normales, en tramos de 15, 30 y 45 minutos. Evidentemente, esta área se verá modificada por la topografía del propio terreno. Posteriormente, y a partir del alcance espacial de cada isócrona, se cuantificaron las diferentes variables sujetas a observación.

Figura 2.
Ejemplo de isócrona.



TIPOS DE SUELO

- C
- D
- E

Asimismo, se generaron las diferentes cuencas visuales utilizando para ello los espacios isocrónicos. El cálculo se realizó desde toda la superficie ocupada por el yacimiento. Una vez obtenidas las cuencas visuales se pusieron en relación con las clases de suelos determinadas para cada una de las isócronas trabajadas, de tal forma que se pudiera determinar la existencia o no de un control visual de todo el espacio objeto de explotación económica, tal y como se ha advertido para otros contextos. Finalmente, se calculó la preponderancia topográfica a partir del cálculo de la altura relativa de cada yacimiento según varias escalas de análisis, para lo que se utilizaron los datos tanto ponderados como tipificados. En total se han estudiado 41 variables para su categorización. Estas se sintetizaron en cuatro categorías básicas: el tipo de recursos predominantes en las áreas de ocupación de los yacimientos (agrario-ganadero); la existencia de control visual de los recursos; su topografía; y su cercanía a la costa. Una vez contabilizados, los datos se incluyeron en un paquete estadístico, tras lo cual se realizó un primer acercamiento exploratorio a través de análisis de conglomerado (k-media), lo que permitió organizar un número mínimo de grupos estadísticos.

De forma paralela se factorizaron las variables eliminando las categorías que menos aportaban al modelo factorial, resolviendo la validez de aquel con dieciocho variables que permiten entrever las semejanzas y diferencias de los asentamientos estudiados de forma independiente a su evolución cronológica.

2. En busca de los paisajes indígenas

Los datos trabajados permitieron obtener una primera propuesta territorial y evolutiva de la isla, organizándose a través de los planteamientos vinculados a la evolución del ritual funerario (Alberto *et al.*, 2019), y queriéndose, con ello, comprobar la existencia y adaptación de tales cambios en el territorio.

Fase I (siglos III-VII): La creación del paisaje insular y los territorios prístinos

La primera fase se establece entre la llegada de los primeros pobladores, en torno a los siglos III-IV, y el siglo VII, aproximadamente. En esta primera fase, que podríamos denominar de Paisaje Insular (Moreno, 2020), estaríamos ante un poblamiento disperso, con el protagonismo absoluto de las cuevas como lugar de habitación y sepultura y asociadas territorialmente, es decir, que cada comunidad podría funcionar como un ente autónomo de carácter local.

El rastro más característico de este grupo es que todos los yacimientos documentados se ubican en el interior de la isla, en una franja altitudinal media, entre los 350 y los 1000 m sobre el nivel del mar. De la misma manera, estos lugares ocupan zonas que parecen estar ligadas a la producción agropastoril, con un posible mayor peso de la ganadería, dado que los suelos existentes no son en su mayoría los mejores para el desarrollo de la actividad agrícola, bien por la calidad de los terrenos o bien por la falta de una pluviometría óptima.

Fase II (siglos VIII-X): Transición y comarcalización del paisaje

La segunda fase corresponde a los momentos menos conocidos desde el punto de vista arqueológico, por lo que sus límites y particularidades son muchos más tenues y difíciles de caracterizar. Aun así, esta fase parece reflejar un momento de transición, de cambio rápido, entre un modelo de ocupación inicial y el final. Los siglos VII-VIII marcan una primera ruptura, con la aparición más o menos repentina de una nueva forma de enterramiento, las grandes necrópolis de túmulos de posible configuración comarcal, a la que se sumarían diferentes espacios de congregación, tales como

Umiaya, sin que esto signifique que no se continúe enterrando en cuevas. A su vez, los nuevos yacimientos documentados parecen querer ocupar suelos con una tendencia agrícola mucho mayor que los documentados en la primera fase.

Entre todos los cambios documentados se dan indicios de peso que obligan a sopesar e investigar la posibilidad de que esta fase venga marcada por la llegada de nuevos contingentes poblaciones portadores de nuevas ideas y conceptos (Velasco *et al.*, 2021). Asistimos al nacimiento de los Paisajes Comarcales (Moreno, 2020).

Fase III (siglos X-XV): Intensificación y atomización del poblamiento: el paisaje local

Los datos obtenidos en el análisis de este grupo apuntan a una consolidación de la tendencia, ya iniciada en el momento anterior, de búsqueda de más y mejores suelos para la producción agrícola. Esta tercera fase se iniciaría, de forma aproximada, en el siglo X, lo que podría considerarse como la configuración de Paisajes Locales (Moreno, 2020). En este momento, además de los usos previos del territorio, se identificarían novedades en cuanto al poblamiento. Aparecen los poblados costeros (fig. 3), adyacentes a los cauces de los barrancos, con un acceso preferencial y sencillo a los recursos marinos. Igualmente, parecen crearse y crecer los grandes poblados que aparecen mencionados en las fuentes etnohistóricas y se crean los graneros fortificados. Además, aparece un nuevo registro funerario, el de las cistas y las fosas, vinculado en muchos casos a los propios poblados de piedra. Si bien como en la anterior fase se sigue enterrando en cuevas, no pasa lo mismo con las grandes necrópolis tumulares, que parecen abandonarse.

Este conjunto habilita la «foto fija» que se percibe como



Figura 3. La Restinga.

representativa de toda la ocupación insular, donde se une lo más antiguo a las nuevas manifestaciones culturales. Se caracteriza por una dispersión territorial de los asentamientos, así como por un aumento de la densidad de población, que llevó a una clara circunscripción de las comunidades humanas a las tierras agrícolas. La existencia de grandes infraestructuras de almacenaje a largo plazo pudo facilitar la territorialización del espacio, y con ello la posibilidad de control de los recursos. Este modelo se fundamenta, pues, en la existencia de unos recursos concentrados, controlables y previsibles, facilitando la centralización del poder y generando a su vez una organización territorial integrada, con asentamientos destacados.

3. Paisajes para la historia

La evaluación a largo plazo de la ocupación de la isla de Gran Canaria demuestra, a nuestro juicio, un patrón organizado a lo largo de la secuencia histórica contemplada. Así, desde los primeros poblados hasta los últimos se muestra que detrás de su localización hay un ejercicio de reflexión sobre cómo ejercer la ocupación efectiva del lugar.

Se propone, pues, una evolución del poblamiento, donde la población recién llegada seleccionó los lugares para vivir, enterrar a sus muertos y reunirse para sus rituales religiosos. Con una economía agropastoril donde la ganadería, sobre todo en los momentos iniciales, representaba una ventaja adaptativa indiscutible frente a la agricultura, pero evolucionando con el tiempo y, posiblemente, acelerándose con la llegada de nuevas poblaciones a una sociedad fuertemente jerarquizada y basada en la economía agrícola, tal y como recogen las fuentes etnohistóricas.

Esta propuesta, además, de conformar un esquema lógico de poblamiento, nos invita a visitar las fuentes etnohistóricas, así como a examinar el propio registro arqueológico desde una perspectiva histórica, flexible, no taxativa ni determinista. Nos encontramos con una configuración mucho más compleja de lo esperado, por lo que quizás las claves de las excepciones y contradicciones documentadas puedan comprenderse incluyendo la existencia de tradiciones e identidades locales, así como el poder de agencia de determinados grupos sociales, permitiendo así, desde una lectura transversal y diacrónica, vislumbrar los diferentes ritmos de utilización, concepción e imaginario relacionado con el territorio.

Bibliografía

ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M.A.; VELASCO VÁZQUEZ, J. (2019). «La dimensión temporal y el fenómeno sepulcral entre los antiguos canarios». *Zephyrus*, 84, pp. 139-160.

ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M.A. (2022). «Sepulturas, migraciones y cambio social en el tiempo de los antiguos canarios». *Tabona*, 22, pp. 189-215.

DÍAZ SÁNCHEZ, J. (1995). *Cartografía del potencial del medio natural de Gran Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria.

MORENO BENÍTEZ, M.A. (ed.) (2020). *El tiempo perdido: un relato arqueológico de la Tirajana indígena*. Las Palmas de Gran Canaria: Tibicena.

VELASCO VÁZQUEZ, J.; ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M.A. (2021). «A propósito del poblamiento aborigen en Gran Canaria: demografía, dinámica lineal y ocupación del territorio». *Complutum*, 32.

MIGRACIONES: MIRADAS DESDE UNA ARQUEOLOGÍA INSULAR

Actas del ciclo de conferencias impartido en El Museo Canario
(octubre-diciembre de 2021)



Gobierno de Canarias



EL MUSEO CANARIO
ESTABLECIDO EN 1879

Museo concertado con:



**Cabildo de
Gran Canaria**

© El Museo Canario, 2022
C/ Doctor Chil, 25
35001 Las Palmas de Gran Canaria
www.elmuseocanario.com



EL MUSEO **CANARIO**
ESTABLECIDO EN 1879

Museo concertado con:



**Cabildo de
Gran Canaria**